

GUILLERMO TELL TIENE LOS OJOS TRISTES

INTRODUCCIÓN

MAGDA RUGGERI MARCHETTI
Universidad de Bolonia

Existe una estrecha relación entre la evolución del pensamiento político de Sastre y la sucesión cronológica y temática de su producción teatral, como hemos demostrado en nuestra monografía (*Il teatro di Alfonso Sastre*, Bulzoni, Roma, 1975). En la misma situamos *Guillermo Tell tiene los ojos tristes* (escrito en 1955 y publicado en 1962) en el período de «revuelta contra la injusticia», en cuyos dramas aflora el conflicto de un hombre que desea un cambio social y lleva así al escenario una rebelión que supera el precedente estadio metafísico para denunciar la injusticia de la sociedad. El autor mismo ha tomado conciencia de ello e intenta descubrir sus causas. Se trata de una toma de conciencia común a su generación tanto entre los poetas (Celaya, Cernuda, Crémer, Nora, José Agustín Goytisolo, etc.) como entre los narradores (Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Juan Goytisolo, etc.). En este período Sastre está buscando una forma de lucha no burocrática donde los caracteres humanos y personales tengan todavía su valor; él intenta conseguir el difícil equilibrio que tendría que lograr el verdadero revolucionario, que en esta obra no existe; no lo son ni Guillermo Tell, muy individualista, ni los dirigentes de la insurrección con su estéril burocratismo, ni el pueblo traumatizado por la precedente represión.

Sastre estudia aquí la posibilidad de la revolución y sus trágicas consecuencias y por esto nos presenta un mito no en forma de drama histórico, sino más bien de alegoría política: el sufrimiento del hombre frente a la opresión y a la revolución.

La fuente de todos los que han tratado esta leyenda desde 1804 es el drama de Schiller, pero Sastre es el único que ha rechazado su aspecto mara-

viloso, al imaginar que Tell mata con la flecha a su hijo. Hay algo oscuro en el alma dramática de nuestro autor que le empuja inconscientemente al sacrificio, y en el fondo no hace más que devolver a la revolución su carácter coral, doloroso y sangrante. La pieza diverge de su fuente no sólo en el episodio fundamental, sino también en la reducción de los personajes y en la economía de pulsiones psíquicas típicas del teatro sastriano, que induce a eliminar el enredo amoroso entre Rudenz y Berthe por ser ajeno a la revolución. Como siempre, las pulsiones emocionales anulan las demás y en su teatro se encuentran raras veces idilios amorosos.

Tell no tiene nada del romántico héroe de Schiller, sino que constituye una fase más evolucionada de los personajes clave creados hasta ese momento. Como Germán (*El cubo de la basura*) y Pablo (*Tierra Roja*), es otra encarnación de Sastre en el proceso dialéctico, es decir, en la duda entre la revuelta individual y la organizada. Considera los aspectos positivos y negativos de ambos tipos de lucha y reconoce a la primera el atractivo del valor humano del individuo, aunque frecuentemente estéril, y a la segunda las consecuencias concretas de la asociación, pero también el peligro de caer en el burocratismo.

Tell es un hombre justo, moderado, sencillo, hipersensible, y con su intuición percibe que ocurrirá algo, sabe que la revolución es un sacrificio siempre cruento, no puede tolerar los discursos de las organizaciones, sino que quiere actuar: «Cuentan conmigo..., pero en otro terreno. Donde yo tenga algo que hacer». No tiene confianza en el intelectual, aquí representado por Fürst, que en su papel debería ser portador de la conciencia del mundo, de su época, asumir la responsabilidad social en grado más elevado que los demás, pero se pierde fácilmente en cuestiones menores, abstractas, y su revuelta es incierta e informe. Su concepción básica de la lucha le impulsa a diferenciar entre las tareas de los intelectuales y las del proletariado: «FÜRST.— [...] Lo mío... es pensar por vosotros, compañero. Lo vuestro..., actuar por mí». El «abismo» que se abre entre ellos, subrayado por la acotación, resalta la profundidad de la ruptura entre los dos grupos. La crítica del intelectual, empezada con Javier (*Escuadra hacia la muerte*), alcanza aquí uno de sus momentos más agudos en cuanto Fürst es un cobarde: por miedo del enfrentamiento físico se doblegará, pero después, al no poder soportar la humillación, se suicidará.

Tell, al contrario, a pesar de la profunda amargura que le causa la conciencia del trágico precio de la revolución, no duda en sacrificar a su hijo. Walty es todo para él; con su muerte muere también su propia alma y se niega a dejarse

convertir en un mito. En efecto, se da cuenta de no haber sido el líder de la liberación del país, sino de haber realizado sólo algunas acciones que han propiciado, catalizado, acelerado la independencia. Sabe que no ha tenido nunca una conciencia política suficiente para saber resignarse a la pérdida del hijo que amaba profundamente. De aquí su insondable tristeza, que le acompañará para siempre.

De la misma manera en que ha vivido la injusticia en la esfera individual, vive el dolor en términos absolutos y solitarios que le ciegan, le ofuscan la visión social, el nuevo panorama de liberación que se ha producido y en el que él ha participado sacrificando su propia vida. Quiere quedarse al margen hasta separar completamente la muerte del hijo de la liberación de su tierra. Rechaza el sentido y el valor de su intervención en la independencia del país, porque realmente no luchó nunca por ello, sino que tuvo momentos de rebelión personal como hombre justo. Sobre todo no está dispuesto a celebrar la victoria con oportunistas de la última hora que siempre habían sido insolidarios o indiferentes.

Tras la muerte de Walty el padre se siente aniquilado, con la existencia vaciada por su terrible sacrificio. Se identifica con su propio hijo sufriendo una regresión infantil, la mujer asume el papel de madre y él se transforma en niño para llenar el vacío dejado por quien él mismo ha sacrificado. Toda la escena recuerda el final de *Soledad*, de Miguel de Unamuno. Los dos protagonistas ocupan el lugar de sus propios hijos para evitar a sus mujeres la frustración de la maternidad perdida, y encuentran la paz sólo en sus regazos.

Diferentes mitos emblematizan los ejes fundamentales de la acción (por ejemplo, en la primera escena el dictador ya está presente con la prisión), pero el símbolo es claro y visible en cuanto la obra es profundamente española y, para que no haya dudas, Sastre recomienda que «se huya de toda reproducción –incluso estilizada– de la arquitectura y la indumentaria de la época». Pero los agentes de la policía deben tener armas de fuego, mientras que el pueblo sólo flechas y lanzas, precisamente para evidenciar la inferioridad de medios de lucha del pueblo, inerme como lo estaba el español durante la Guerra Civil.

Los policías tienen caracteres humanos y no se muestran demasiado crueles, a diferencia de la mayoría de sus obras. En esta pieza se ridiculiza a los guardias y es muy fuerte la ironía por su obediencia ciega a la orden recibida, por su servilismo que los ha convertido en autómatas, peleles en manos del jefe. Pero aun así también son seres normales, tienen problemas familiares y económicos

(«GUARDIA 2.— El sueldo no me llega»), aunque su alienación ha llegado al extremo de pedir al Gobernador: «... Arroje sobre mí. No lo olvidaré nunca. Gracias». Es manifiesto el interés del autor por analizar la individualidad de los policías; probablemente no los comprendía y puede que por ello cree personajes complejos humanamente, que no son puros antagonistas, encarnaciones estilizadas del negativo absoluto.

El personaje más típicamente español, cuya función es, como en Valle Inclán, la de personaje coro, es el ciego que con sus canciones nos pone al día sobre la ferocidad de Gessler. Como los mendigos y como el hombre de la guitarra en *Muerte en el barrio*, está tomado de la realidad española. Sus fuentes están en la vida del país, pero a diferencia de los ciegos de la tradición el de Sastre está intencionalmente politizado, tiene una conciencia política y hace de su trabajo una denuncia. No tiene nada en común, como tampoco los mendigos, con el pícaro. La miseria de éstos representa la del subproletariado, ya descrita en otras obras. Se trata de exobrerros víctimas de accidentes de trabajo, muy distintos de los pastores, cazadores y campesinos del drama de Schiller.

Para comprender cuán fuerte es la raíz española de esta obra es suficiente examinar el discurso del Secretario 1.º de Gessler, que es una síntesis de los discursos de los políticos de Franco, de Franco mismo y de las transmisiones radiotelevisivas españolas de la época: «... ¡Se construyen carreteras! ¡Aumenta el nivel de vida de las clases trabajadoras! ¡Hay libertad de imprenta, salvo para el error y la mentira! ¡Antes [...] el país estaba entregado al caos, a la corrupción, a la barbarie! ¡Con Gessler, paz, progreso, orden público, alegría! [...] ¡Qué alegría! ¡Qué alegría tan grande! (Se echa a llorar [...]. Sollozo desgarradoramente...)». El contraste dramático en el mismo individuo entre la incitación a la alegría y los sollozos pone de manifiesto el terror represivo de que se sirve el dictador. Su propio nombre adquiere aquí una doble resonancia: evoca muy de cerca al del también general Alfredo Stroessner, que acababa de tomar el poder en Paraguay en agosto de 1954 mediante un golpe militar, en una de las más largas dictaduras de toda Latinoamérica.

En esta obra hay un personaje que raramente se encuentra en el teatro de Sastre, representante de una clase casi totalmente ausente: el pequeño burgués. Lo dibuja con breves trazos, pero hechos con mano segura, y muestran todo el desprecio del autor hacia estos sumisos e insolidarios siervos del capitalismo que ni siquiera se dan cuenta de su propia explotación. El capataz no se atreve a escuchar las verdades del Ciego, y se justifica con razones personales: «Tengo mujer, tengo hijos...». Acusado de levantar una cárcel para sus

propios hijos se disculpa diciendo: «Éste es mi oficio. Yo no sé si es una cárcel [...]. Yo no soy más que un técnico...». Precisamente esta «pilatesca» situación encierra toda la condena de Sastre de estas personas que con su silencio se convierten en corresponsables, tal vez involuntarios, pero siempre cómplices de los tiranos.

Los albañiles que construyen la cárcel son pasivos, seres sin horizontes. Los guardias, el capataz, el tabernero, todos son indiferentes al sufrimiento de los demás, acostumbrados ya a no pensar ni reaccionar, despolitizados como lo estaban en aquel momento los españoles tras tantos años de dictadura. Sastre subraya intencionalmente la falta de solidaridad, porque quiere con esta obra hacer un llamamiento al pueblo español para que despierte y no sean necesarios sacrificios como el de Tell para rebelarse. El mensaje del autor es precisamente el auspicio de que el movimiento y la toma de conciencia de las masas sean tan fuertes que no se deba pagar tan alto precio para cambiar una estructura.

Se trata, pues, de una abierta queja del comportamiento de un pueblo, cuya falta de solidaridad se puede justificar en parte por la represión sufrida («MENDIGO MANCO.— Acuérdate de los días de persecución en aquel invierno, cuando tuvimos que refugiarnos en las montañas y nos cazaban a tiros [...]. Y además, los que fueron atrapados y ahorcados por el gobernador», p. 593-594), con referencia consciente a las matanzas que siguieron a la Guerra Civil como documentan Payne (*Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968, p. 362) y Fernández de Castro (*De las Cortes de Cádiz al Plan de desarrollo 1808-1966*, Ruedo Ibérico, París, 1968, pp. 226, 237, 243, 245), que dejaron a un pueblo aterrorizado y pasivo en su actitud externa y permitieron al franquismo perpetuarse durante tantos años.

Con esta obra Sastre no ha querido aportar un modelo de revolución, sino subrayar los aspectos negativos que pueden presentarse cuando no existen las condiciones objetivas para un verdadero proceso revolucionario. El drama se presenta, pues, como un testimonio sobre la realidad social, como una investigación casi policíaca de los culpables. Los diálogos transmiten a los espectadores la inquietud interior, causada por razones históricas, pero también existenciales porque exploran la psique humana y encuentran los diferentes procesos del subconsciente y de sus fenómenos más íntimos. El interés del drama se basa sobre todo en la alusión insinuante que, sin menoscabo alguno de la imagen poética, consigue intensificar la disponibilidad política, es decir, humana del espectador.

GUILLERMO TELL TIENE LOS OJOS TRISTES
(Drama en siete cuadros)

Personajes

EL MENDIGO MANCO	STAUFFACHER
EL CAPATAZ	DOS HOMBRES DE SCHWYZ
LOS ALBAÑILES	MELCHTAL
EL MENDIGO SENTADO	TRES HOMBRES DE UNTERWALDEN
EL CIEGO	EL PREGONERO
EL NIÑO	EL TAMBOR
EL SARGENTO	HEDWIG, la mujer de Tell
DOS GUARDIAS	WALTY, hijo de Tell
GUILLERMO TELL	GESSLER, el gobernador
EL TABERNERO	TRES SECRETARIOS (uno no habla)
UNA MUJER VIEJA	ESCOLTAS
WALTER FÜRST	HOMBRES con antorchas
CINCO HOMBRES DE URI	

UNA NOTA PARA EL DIRECTOR DE ESCENA Y EL ESCENÓGRAFO

El autor aconseja que, en el montaje de *Guillermo Tell tiene los ojos tristes*, se huya de toda reproducción –incluso estilizada– de la arquitectura y la indumentaria de la época. Este Guillermo Tell puede representarse con trajes y uniformes actuales sobre escenarios abstractos. Sin llegar a eso, puede realizarse un vestuario convencional sin referencias temporales y una arquitectura simple y funcional al servicio de la mecánica que pide el texto.

Se advertirá que los hombres de la Policía y de la escolta del gobernador van armados con armas de fuego. El pueblo opone a estas armas sus flechas y sus picas. Este contraste es deliberado. [1955.]

ESCENARIOS

Cuadro 1. La plaza de Altdorf (en Uri).	Cuadro 5. La casa de Tell.
Cuadro 2. Una taberna en Altdorf.	Cuadro 6. El mismo de los cuadros 1 y 4.
Cuadro 3. En casa de Walter Fürst.	Cuadro 7. El mismo del cuadro 5.
Cuadro 4. El mismo del cuadro 1.	

Si se hace intermedio, entre los cuadros 3 y 4.

UNA NOTA ACTUAL: «NO SÓLO ES GUILLERMO TELL»

Escribí esta obra, *Guillermo Tell tiene los ojos tristes*, en 1955, año que fue para mí fecundo en escrituras y expectativas para el futuro, cuando un director de un teatro oficial me encargó una versión del *Guillermo Tell* de Schiller. Con la intención de aceptar este encargo, hice una lectura relativamente a fondo, y fue entonces, cuando, en el transcurrir de la lectura, «tropecé», digámoslo así, con la hazaña de Guillermo Tell y se me ocurrió la idea de seguir la otra lógica, según la cual el «héroe» no tiene un pulso de acero y mata a su hijo.

Éste es el núcleo que me movió a hacer este tratamiento, con la idea de que por esta vía podría escribirse una verdadera tragedia: en la muerte del hijo residiría la catástrofe y la fuente de la catarsis que el drama podría promover en los espectadores. No tengo que decir que entonces intenté también –y quizás sobre todo– hacer una obra de protesta contra la situación política asfixiante que sufríamos, con dos aspectos importantes: criticar el burocratismo en las actividades políticas de la oposición y lanzar una exclamación movilizadora en las capas populares, para que una tragedia como la de Guillermo Tell no fuera ya posible. Después de la muerte del hijo, Tell se pregunta dónde estaban quienes hubieran podido impedir que la tragedia se consumara, y que la liberación nacional y social se produjera sin tan grave sacrificio como el que nos abrumba cuando el niño se desploma ensangrentado a manos de su padre.

Mi trabajo comportaba «romper» también la estampa del niño que aparece en la fábula histórica, porque era muy importante que la víctima esencial de la tragedia no fuera un personaje casi irrelevante. La escena entre

padre e hijo es, de ese modo, una real aportación al análisis de este mito. No hay que decir que la censura prohibió la obra.

Para terminar esta nota, diré que el personaje de Guillermo Tell en este tratamiento es, quizás, el portavoz de un sentimiento y de un comportamiento que no son propios de un personaje más o menos excepcional: no sólo es Guillermo Tell, sino que muchos hombres y mujeres pueden seguramente reconocer en tal personaje a otras personas conocidas y admirables y también algo o mucho de los propios sentimientos ante las situaciones de opresión de los pueblos y de las gentes.

ALFONSO SASTRE,
Hondarribia, diciembre de 1989

Entre las más notables representaciones que hasta ahora se han hecho no puedo olvidar la que hizo, marginalmente, el grupo Bululú en el Madrid de los años 60, así como una mexicana de aquellos años y otras en Cerdeña, México y Japón en años posteriores. Pero, sobre todas, las que se hicieron en Suiza (Schaffhausen) en 1998 (estreno: el 7 de agosto de aquel año) en lengua alemana.

CUADRO PRIMERO

La plaza de Altdorf, en el cantón de Uri. Al fondo de la plaza está en construcción un pesado y sombrío edificio, cuyo andamiaje se pierde en las alturas del escenario. Los ALBAÑILES trabajan en lo alto de los andamios. A un ritmo febril, una cadena de obreros traslada ladrillos al interior de la obra bajo la mirada vidriosa de un CAPATAZ que contempla la obra desde una pequeña altura. Se oye a lo lejos una canción monótona acompañada por una guitarra.

(En primer término un MENDIGO MANCO extiende su único brazo inútilmente. No pasa nadie. Oímos la lejana canción. Llega un MENDIGO que, sentado en el suelo, con los pies inútiles extendidos hacia delante, se arrastra penosamente)

MENDIGO SENTADO.— *(Cuando llega junto al otro)* Buenos días.

MENDIGO MANCO.— Buenos días.

MENDIGO SENTADO.— ¿Me dejas que me esté aquí un rato contigo?

MENDIGO MANCO.— Bueno.

MENDIGO SENTADO.— Si cae algo, será para ti; no hay ni que decirlo.

MENDIGO MANCO.— Claro.

(El MENDIGO SENTADO vacila y se decide a decir:)

MENDIGO SENTADO.— ¿Aunque me lo dieran a mí?

MENDIGO MANCO.— Si te lo dan a ti, repartimos.

MENDIGO SENTADO.— Trato hecho. (*Se acomoda a la pared.*) Cuando hay compañerismo y uno se entiende con otro, da gusto. Cuando se ve que se tiene un amigo y que uno no te echa de donde estás y que otro no te pega y que otro ni siquiera te mira con asco, entonces se dice uno: «Merece la pena vivir».

MENDIGO MANCO.— Así es. (*Un silencio.*) ¿Qué ocurre hoy en tu puesto? ¿Por qué te has venido?

MENDIGO SENTADO.— Hacía mucho frío y además estaban rondando los guardias por allí.

(*Un silencio.*)

MENDIGO MANCO.— (*Pensativo.*) Era un buen puesto aquel... en otros tiempos.

(*El MENDIGO SENTADO asiente. Un silencio.*)

MENDIGO SENTADO.— En otros tiempos todo era distinto. No sé tú si te acordarás...

MENDIGO MANCO.— (*Soñador.*) Que si me acuerdo...

MENDIGO SENTADO.— Cuando yo empecé, un hombre de nuestro oficio tenía una gran consideración social.

MENDIGO MANCO.— Sí, era otra cosa.

MENDIGO SENTADO.— Había más humanidad.

MENDIGO MANCO.— (*Mueve la cabeza.*) Eran buenos tiempos.

MENDIGO SENTADO.— Ahora parece que te desprecian. Y si te dan algo, te lo dan sin mirarte.

MENDIGO MANCO.— Y ni siquiera te lo dan en la mano... Te lo tiran desde lejos como si uno fuera unapestado.

MENDIGO SENTADO.— A mí me miran las piernas con aprensión. Los niños se hablan entre ellos cuando me ven. No sé qué se dirán.

MENDIGO MANCO.— Parece como si estuviera uno de sobra. Creo que mucha gente se enfada porque no nos hemos muerto. Les da asco que existamos.

MENDIGO SENTADO.— Yo era guía de la montaña. Decían que era el mejor guía de los Alpes. Todo el mundo me quería mucho.

MENDIGO MANCO.— Yo era herrero, pero ya casi lo he olvidado.

MENDIGO SENTADO.— Cuando me dio la parálisis de las piernas, toda la gente de Unterwalden, de donde yo soy, comprendió que ya no podría volver nunca a la montaña a ganarme el pan, pero que tenía derecho a vivir. Así que me dijeron: «Te has inutilizado trabajando para la comunidad y la comunidad tiene que mantenerte desde ahora. Ven por las casas a pedir lo que necesites, que no te faltará de nada». Así me hice mendigo. Figúrate que cuando vino la parálisis estaba desesperado. Quise matarme. No sabes lo que es para un hombre de la montaña este castigo de verse así..., sin haber hecho nada que mereciera un castigo tan grande. Me ahogaba. Pero la gente fue tan buena conmigo que me hizo aceptar la vida y perdonar a Aquel que me había castigado tan ferozmente y con tanta injusticia.

MENDIGO MANCO.— Calla; estás diciendo pecados. Bendito sea Dios.

MENDIGO SENTADO.— A uno lo consideraban entonces. Podíamos perder la confianza en Dios porque siempre quedaban los compañeros. Pero luego no sé cómo han ido degenerando las cosas... Ahora ya a nadie le importa que te mueras como un perro...

MENDIGO MANCO.— Cuando yo me quedé manco, porque se me clavó un hierro en la mano, el amo de la herrería me cogió a su cargo y no me faltó nada. Pero cuando el amo murió, sus hijos, con los que yo había jugado de niño, me echaron de la casa. Ahora esto es una muerte. La gente se cruza al otro lado y vuelve la vista para no vernos.

MENDIGO SENTADO.— *(Con una repentina cólera.)* ¡Pero aquí estamos! ¡Aunque vuelvan la vista para otro lado, aquí estamos!

MENDIGO MANCO.— No te enfades, compañero.

MENDIGO SENTADO.— Si no me enfado. Es que...

(Queda en silencio.)

MENDIGO MANCO.— *(En voz baja.)* Y menos mal que el gobernador no ha vuelto a acordarse de nosotros.

MENDIGO SENTADO.— Sí, menos mal.

MENDIGO MANCO.— Acuérdate de los días de persecución, en aquel invierno, cuando tuvimos que refugiarnos en las montañas y nos cazaban a tiros. ¿Cuántos compañeros murieron de frío, aparte de los que mataron en las esquinas y en los descampados de las afueras?

MENDIGO SENTADO.— Fueron días muy malos. No quiero acordarme.

MENDIGO MANCO.— Y, además, los que fueron atrapados y ahorcados por el Gobernador.

MENDIGO SENTADO.— ¿A cuántos ahorcó?, que no me acuerdo.

MENDIGO MANCO.— A doce. En esta misma plaza estuvieron colgados sus pobres cuerpos. Había tres mujeres.

MENDIGO SENTADO.— Ya no me acordaba. A doce. Sí.

MENDIGO MANCO.— Si me pongo a pensar, yo me acuerdo de todos. Cierro los ojos y vuelvo a ver sus barbas, y su roña, y sus llagas, y sus trajes rotos y sucios, y sus mutilaciones. Somos una pobre humanidad, ¿eh, compañero? Nuestro mundo es un mundo en el que faltan ojos, piernas, brazos, o están inmóviles, o nos agita un temblor raro y nos dan ataques y parece que vamos a morir, y echamos espuma por la boca, o los ojos nos lagrimean y nos quedan legañas y mal sabor de boca de la noche, o todos nuestros dientes se los ha llevado la podredumbre, o no podemos mover los brazos, o tartamudeamos y no nos damos cuenta de las cosas y nos cae un hilo de baba... Yo comprendo que les dé asco de que existamos, compañero.

MENDIGO SENTADO.— Bueno. Pero nosotros no tenemos la culpa de existir. Yo tenía una hermana. Escupía sangre y tenía un tumor maligno en un pecho. Ella no tenía la culpa.

(Mueve la cabeza tristemente. Un silencio.)

MENDIGO MANCO.— ¿Quieres un pedazo de pan?

MENDIGO SENTADO.— Bueno.

MENDIGO MANCO.— Sácalo del zurrón y pártelo para los dos.

MENDIGO SENTADO.— Sí. *(Lo hace. Comen.)* Está bueno.

MENDIGO MANCO.— Sí. *(Comen. Un silencio.)* Por lo menos ahora estamos en paz.

MENDIGO SENTADO.— Que dure...

MENDIGO MANCO.— Claro que durará. No hacemos mal a nadie.

MENDIGO SENTADO.— ¿Qué importa eso...?

MENDIGO MANCO.— También es verdad.

MENDIGO SENTADO.— El gobernador puede enfadarse otra vez con nosotros, y entonces...

MENDIGO MANCO.— Así es.

MENDIGO SENTADO.— Puede ordenar otra caza.

MENDIGO MANCO.— Claro que puede...

MENDIGO SENTADO.— Y si lo hace nos perseguirán y no habrá nadie que se oponga.

MENDIGO MANCO.— Eso no se sabe.

MENDIGO SENTADO.— ¿Se opuso alguien la otra vez? No. Dejaron que nos mataran como a perros.

MENDIGO MANCO.— Sí que se opuso alguien.

MENDIGO SENTADO.— Guillermo Tell, que tuvo una de sus furias. ¿Y qué ocurrió? Que por poco lo asesinan a él también.

MENDIGO MANCO.— Guillermo Tell es un valiente.

MENDIGO SENTADO.— Pero no puede hacer nada. Está fichado por el gobernador. La Policía lo tiene bien vigilado. No le dejan moverse. Está acusado de ser un resistente, un patriota. Y no sólo él.

MENDIGO MANCO.— Ya lo sé.

(Un silencio.)

MENDIGO SENTADO.— Estoy mirando a esos trabajar. A los albañiles.

MENDIGO MANCO.— *(Los mira también. Un silencio.)* Ya debe ser la hora de comer, ¿verdad?

MENDIGO SENTADO.— Cuando el capataz dé la señal, entonces será la hora de comer para ellos.

MENDIGO MANCO.— Ya lo sé.

MENDIGO SENTADO.— A veces me pregunto en qué consiste el trabajo de ese capataz. Está ahí sin hacer nada, mirando. Casi no se mueve. Parece una parte de la piedra.

MENDIGO MANCO.— Está ahí para dar miedo. Se trabaja más cuando se tiene miedo. Para eso lo ponen ahí. Es un buen oficio y le pagan bien.

MENDIGO SENTADO.— A mí me parece un oficio cochino, pero yo no entiendo.

(Un silencio.)

MENDIGO MANCO.— *(Contemplando la obra.)* Va a ser muy bonita la cárcel, ¿verdad?

MENDIGO SENTADO.— *(Sombrío.)* Va a ser muy grande. Va a caber en ella todo el país. Y la estamos construyendo nosotros mismos aunque no pongamos las piedras. ¿Sabes cómo? Con el silencio.

MENDIGO MANCO.— *(Lo observa.)* A mí me parece que tú piensas mucho, compañero... *(Una pausa. Se oye, más próxima, la monótona canción.)* ¿Y eso qué es?

MENDIGO SENTADO.— Está cantando uno. Un ciego. No se sabe de dónde ha venido. Dice que de Schwyz. Debe ser un suicida. Ha elegido esta forma de morir. Canta romances contra el gobernador. Puede que sea un loco.

(El CAPATAZ toca una campana. Los ALBAÑILES interrumpen su trabajo y empiezan a descender de los andamios. La cadena de los ladrillos se rompe. Los ALBAÑILES se distribuyen en grupos y abren sus tarteras de comida. Comen ávidamente sentados en los suelos o sobre bloques de piedra, en distintos planos. Llegan a escena el CIEGO y el NIÑO. Éste lleva una guitarra. Aquél, un zurrón y, en la mano, un manojo de pequeños pliegos de papel. Se detienen en el centro de la plaza. El NIÑO toca la guitarra. El CIEGO empieza a vocear.)

CIEGO.— *(Con una voz monótona.)* Oigan los crímenes y horrores de los cantones, las injusticias y las desventuras del país, los casos célebres de la tiranía extranjera... El ciego trae para ustedes la voz del pueblo, la voz de los heroicos patriotas. ¡Muera el imperio extranjero! ¡Oigan las canciones de un país que lucha por su libertad!

(La gente se ha agrupado en torno suyo. El CIEGO comienza con una voz grave y monótona, acompañado por la guitarra del NIÑO.)

Hombres, mujeres y niños,
 escuchad con atención
 la historia de un pobre viejo
 que es historia de dolor.
 Ésta es la historia de uno
 que un buen día se negó

a entregar lo que tenía
al señor gobernador,
éste que se llama Gessler
y que es borracho y traidor.
Así ocurrió que una tarde
el hombre que se negó,
conduciendo un par de bueyes,
araba su campo al sol,
cuando llegó un cruel esbirro
del señor gobernador,
éste que se llama Gessler
y que es borracho y traidor.
«Traigo orden de llevarme
estos bueyes que son dos,
en pago de los tributos
de los que tú eres deudor,
y de ahora en adelante,
yo te lo juro por Dios,
tirarás tú del arado,
no los bueyes que son dos.»
Era muy fuerte el esbirro
y a los bueyes se acercó,
pero el hombre era valiente
y con un hierro pegó
en las manos del esbirro
que gritó con gran dolor,
mientras le salía sangre;
que hasta un dedo le cortó.
El hombre, con mucho susto,
hacia los montes huyó
y pudo ponerse a salvo;
de ese modo se salvó.
Y así ocurrió que una tarde,
mientras que tomaba el sol,
llegó a verlo un mensajero
de su pueblo y su cantón.

«Traigo noticias de horrores;
noticias de sangre son.»
«Dime, dime qué ha pasado.
Buen hombre, dilo por Dios.»
Estaba el hombre muy pálido;
se tocaba el corazón.
«A su padre lo cogieron
después que usted escapó.
Se lo llevaron los guardias
del señor gobernador,
éste que se llama Gessler
y que es borracho y traidor.
Pusieron sobre la tierra
dos puntas de pica al sol.
Echaron al viejo al suelo,
y entonces, quieras que no,
le obligan a hundir los ojos
con un muy fuerte empujón.
Oh, que espanto para todos.
Cuánto espanto y cuánto horror.
La sangre de aquellos ojos
todo aquel suelo regó
y los gritos del anciano
todo el mundo los oyó.
Como usted ve estas noticias
noticias de sangre son.
Dios se apiade del anciano
que ya su vista perdió.»
Al buen hombre que escuchaba
la vista se le nubló
y juró vengar al padre
para calmar su dolor.
Hombres, mujeres y niños
que habéis tenido atención,
escuchasteis la injusticia
del señor gobernador,

éste que se llama Gessler
y que es borracho y traidor.

(Cesa la música. Hay un gran silencio. Algunos, asustados, miran a su alrededor, como temiendo que ocurra algo. El CAPATAZ se acerca al CIEGO.)

CAPATAZ.— Márchate de aquí. Y da gracias de que te deje marchar.

CIEGO.— Aquí quieren escucharme, señor.

CAPATAZ.— O te marchas o te denuncio ahora mismo a la Policía. *(Rumores.)*
¡O te marchas o te denuncio!

(Más rumores.)

UN ALBAÑIL.— *(Desde un grupo.)* ¿Por qué lo va a denunciar? El ciego no hace daño a nadie.

OTRO ALBAÑIL.— Que diga otra historia.

OTRO.— Sí, que diga otra.

CIEGO.— *(Repite.)* Aquí quieren escucharme, señor.

CAPATAZ.— ¡O te largas o...! *(Alza un puño cerrado. Rumores. Abucheos a boca cerrada. El CAPATAZ mira a su alrededor.)* ¡Imbéciles! ¿Qué hacéis que no me ayudáis a echarlo? *(Nadie se mueve.)* Está comprometiéndonos con sus historias. Si vienen los guardias, ¿qué? Nos llevarán a la cárcel a todos por no impedir que esto ocurra. Nos está comprometiéndolo a todos. *(Al CIEGO.)* ¡Márchate ya!

CIEGO.— No.

CAPATAZ.— ¡Maldita sea! Te voy a echar a patadas.

CIEGO.— Estoy aquí para comprometerle, señor. Para comprometer a todos los que, como tú, han pactado. A los cochinos colaboracionistas como tú, señor. Vamos, hijo. Otra historia. Toca la guitarra. Oigan los crímenes y horrores de los cantones, las injusticias y desventuras del país, los casos célebres de la tiranía extranjera... El ciego trae para ustedes la voz del pueblo, la voz de los heroicos patriotas. ¡Muera el imperio extranjero! ¡Oigan las canciones de un país que lucha por su libertad!

(El CAPATAZ lo coge por el cuello.)

CAPATAZ.— ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Te van a oír!

CIEGO.— (*Se suelta. Canta.*)

¡Mujeres de los contornos,
hombres de esta buena tierra,
escuchad atentamente
lo que un pobre ciego cuenta!

CAPATAZ.— ¡Cállate, condenado! ¡Muérete! ¡Vete a los infiernos!

CIEGO.— Si quieres que me calle, es fácil. Mátame. Yo no deseo vivir. Rómpe-me la cabeza con una piedra. Anda. Rómpe-me la cabeza.

CAPATAZ.— Entonces, ¿no te vas a callar?

CIEGO.— No.

CAPATAZ.— Ni aunque te amenacen de muerte.

CIEGO.— Estoy amenazado de muerte. Yo me río porque lo que quiero es morir.

CAPATAZ.— ¿Quién eres tú?

CIEGO.— (*Su voz se debilita, se hace trémula.*) Eso no importa. Mi casa fue incendiada por un pelotón de la Policía Militar. A mis hijos los mataron junto a una tapia a las afueras del pueblo. A mí me dejaron por muerto entre las piedras.

CAPATAZ.— Compañero, ya veo que tú no te vas de aquí por mis amenazas. Perdóname si he sido brusco y descortés. Pero si yo te lo pido, si por favor te lo pido, compañero, que te vayas a otra plaza y que allí sigas tus hermosas canciones, si por favor te lo pido, ¿no vas a hacerme caso? Compañero, si vienen los guardias y nos encuentran escuchándote, nos van a matar a todos. Tengo mujer, tengo hijos, compañero. ¿Te irás? A ti te da lo mismo aquí que allí, y si te vas, a nosotros nos haces mucho bien.

CIEGO.— Eres un cobarde. Eres un egoísta. Cualquiera podría escupirte a la cara. Yo le daría la mano y le diría: «Has hecho bien».

CAPATAZ.—Tengo mujer, tengo hijos.

CIEGO.— Estás construyendo una cárcel para tus hijos.

CAPATAZ.— Es una casa. Éste es mi oficio. Yo no sé si es una cárcel. A mí me da igual que sirva para escuela, para manicomio o para cárcel. Éste es mi oficio, construir casas. Yo no soy más que un técnico, ¿me entiendes?

CIEGO.— Yo sólo entiendo que eso es una cárcel. Yo no soy un técnico.

CAPATAZ.— Me dan un jornal y así comen mis hijos y tienen ropa en el invierno.

CIEGO.— Haces sufrir a todos estos hombres. Los tratas con crueldad. Ayudas a que siga la tiranía.

CAPATAZ.— Tengo mujer, tengo hijos.

CIEGO.— ¡Que se mueran tu mujer y tus hijos! ¡No hay que construir esa cárcel! ¡Son criminales los que construyen esa cárcel!

CAPATAZ.— Si no lo hiciera yo, lo haría otro. Hay muchos esperando. La cárcel se construiría.

CIEGO.— ¿Qué te parece el señor gobernador?

CAPATAZ.— (*Baja la voz.*) En secreto te lo digo: un canalla, un borracho, un hombre sin entrañas, la ruina del país.

CIEGO.— Entonces ¡muera el gobernador! ¡Compañeros, a la huelga, a la huelga! ¡Muera el gobernador!

CAPATAZ.— (*Aterrado.*) ¡Calla! ¡Calla! ¡Estás loco! ¡Calla!

CIEGO.— ¡Canto los crímenes del Gobierno, el heroísmo de la Resistencia, las injusticias y los casos tristes que suceden por obra de un gobierno infame!

(El NIÑO toca la guitarra. El CAPATAZ huye gritando:)

CAPATAZ.— ¡Policía! ¡Policía!

CIEGO.— ¡Mujeres de los contornos,
hombres de esta buena tierra,
escuchad atentamente
lo que un pobre ciego cuenta!
Un buen hombre del país,
conocido en esta tierra
una tarde de diciembre
se fue al campo y ya regresa.
«Mujer, que yo ya he venido.
¿Dónde estás que no me esperas?»
Mas su mujer no responde.
El hombre va hasta la puerta
de la otra habitación
y tampoco allí la encuentra.
«Mujer, mujer, ¿dónde has ido?»

¿Cómo es que no me esperas?»
La llama con grandes gritos,
pero nadie le contesta.
Hasta que viene un amigo
que con lágrimas sinceras
le dice que a su mujer
la sacaron a la fuerza.
«La llevaron al Palacio.
Se divirtieron con ella.
Primero el gobernador
y después la tropa entera.
Daba gran pena mirarla
y ha quedado como muerta.»
El hombre siguió marchando
y ahora ya está en las afueras.
Ni ve ni oye ni siente.
Solloza con gran tristeza
y se tira al precipicio
entre las rocas y peñas.
Así termina la historia
del ultraje y la violencia
cometidos por un monstruo
gobernador de esta tierra.
Cojan las armas los hombres,
las picas y las ballestas,
las hachas y los bastones,
los cuchillos y las piedras.
¡Abajo el gobernador,
y que para siempre muera!

(Llegan un SARGENTO y dos GUARDIAS armados con metralletas, acompañados por el CAPATAZ. Los ALBAÑILES se retiran atemorizados. Quedan en el centro el CIEGO y el NIÑO solos.)

¿Qué ocurre? ¿Qué ha ocurrido?

NIÑO.— Son un sargento y dos guardias, abuelo.

CIEGO.— Sargento.

SARGENTO.— Sí, estoy aquí, a tu lado.

CIEGO.— ¡Sargento, canto los horrorosos crímenes del señor gobernador! ¡Canto los sucesos sangrientos, canto las abominaciones! ¡Tengo historias de hambre, de frío, de injusticia! ¡No las vendo! ¡Se las doy a la gente! ¿Cuántas quieres, sargento? ¡Tengo casos de sangre, casos de injusticia, casos de mucha tristeza, mi sargento!

SARGENTO.— Acompáñanos.

CIEGO.— No quiero acompañarte.

(Al foro, en una elevación, ha aparecido GUILLERMO TELL. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años. Su rostro está trabajado por el tiempo. Su figura es aún esbelta. El pelo le empieza a blanquear por las sienes. Observa la escena.)

SARGENTO.— Tengo orden de matarte si te resistes.

CIEGO.— Mátame. ¿Qué esperas?

CAPATAZ.— ¡Estaba atacando al Gobierno! ¡Yo lo denuncié! ¡Viva el gobernador!

CIEGO.— *(Sin volverse hacia el CAPATAZ, le dice:)* Tienes tanto miedo que me das mucho asco. *(Sin volverse al SARGENTO, grita:)* ¿Qué esperáis para disparar? ¡Un poco más de sangre no se va a notar en vuestras manos! ¡Disparad! ¡Muera Gessler! ¡Disparad! ¡Muera el gobernador! ¡Ya no puedo resistir más! ¡Me ahogo en este aire pestilente! ¡Sube de las tumbas el hedor de los cadáveres! ¡Lo veo todo! ¡Dios no me ha dado la ceguera que me salvaría de la desesperación! ¡Lo veo todo! ¡Me dan en la frente las botas de los hombres colgados de los árboles! ¡Me arañan aquí *(Por los oídos.)* los aullidos de hambre de los niños! ¡Tropiezo en un cuerpo desnudo y despedazado! ¡Huelo el aliento alcohólico del gobernador! ¡Me revuelve las tripas su eructo! ¡Defeca sobre las cabezas de nuestros hijos! *(Grita frenético, como alucinado.)* ¡Muera el gobernador! ¡Muera el gober...!

(A un gesto del SARGENTO, los GUARDIAS disparan sus metralletas sobre el CIEGO, que vacila..., cae... El NIÑO se arroja sobre su cuerpo.)

NIÑO.— ¡Abuelo! ¡Abuelo!

SARGENTO.— *(Separa al NIÑO brutalmente con el pie.) ¡Aparta! (De pronto hay rumores en la plaza. La gente mira hacia alguien que llega. Es GUILLERMO TELL, que descende desde la pequeña elevación en que ha presenciado la escena. Los GUARDIAS también miran, sin comprender la expectación de la gente.)* ¿Quién es?

GUARDIA.— No lo sé, mi sargento.

(TELL llega hasta ellos. Se detiene frente al SARGENTO y lo mira fijamente.)

SARGENTO.— ¿Quién eres tú? *(TELL está amenazado por los GUARDIAS, que le apuntan con sus metralletas.)* Di, ¿quién eres?

TELL.— Me llamo Guillermo Tell.

SARGENTO.— ¡Guillermo Tell!

TELL.— Sí, soy yo.

SARGENTO.— *(Lo mira recelosamente.)* ¿Verdaderamente... eres tú Guillermo Tell?

TELL.— Sí.

(El SARGENTO mira a su alrededor. Todo el mundo está inmóvil. Mirando. El SARGENTO traga saliva. Tiene la impresión de encontrarse cercado.)

SARGENTO.— ¿Y qué quieres?

TELL.— Fijarme en ti... Aprenderme tu cara...

SARGENTO.— *(Incómodo.)* ¡Aprenderte mi cara! ¿Para qué?

TELL.— Porque un día..., un día me gustaría encontrarme contigo, sargento. Ese día... tú no estarás de servicio... Irás de paisano por la calle... y éstos que hoy te acompañan estarán lejos..., con otro sargento..., o en sus casas... descansando de tanto servicio como tenéis... Un día libre se pasa con la mujer y los hijos, ¿verdad? *(Se ha vuelto hacia los GUARDIAS. Ellos bajan la cabeza. TELL sigue:)* Se cuida un poco el huerto... Se fuma una pipa... Se lee el periódico... *(Ahora se vuelve otra vez al SARGENTO.)* En fin, tú estarás solo... Puede que nos encontremos en un bar... Te invitaré a una copa... Y te diré que no tengo nada contra ti...,

pero que tú perteneces a la Policía... y que nosotros odiamos ese uniforme que lleváis... Ese día en que nos encontremos, habrá dos navajas, una para ti y otra para mí..., y ese día te mataré... ¡Te juro que te mataré! *(Coge al SARGENTO por el cuello. El SARGENTO está pálido. TELL grita:)* ¡Yo te lo juro!

SARGENTO.— ¡No! ¡No! *(Grita aterrado.)* ¡Fuego! ¡Matarlo! ¡Ha amenazado a la autoridad! ¡Fuego!

(Los GUARDIAS disparan sus metralletas, pero TELL se ha cubierto con el cuerpo del SARGENTO en el momento en que suena la descarga. Entonces hay un silencio. TELL tiene sujeto el cuerpo del SARGENTO. Lo suelta. El cuerpo se desploma. Los GUARDIAS lo miran con terror. Uno de ellos grita.)

UN GUARDIA.— ¡Lo ha matado Guillermo Tell!

EL OTRO.— ¡Lo ha matado Guillermo Tell!

(Se abalanzan sobre TELL y lo sujetan. Se lo llevan. Un silencio. El CAPATAZ es el primero que se mueve. Se dirige a los obreros, que están quietos.)

CAPATAZ.— Tapad eso con unos sacos hasta que vengan a recogerlo. ¡Y a trabajar! Es la hora...

(Entre dos ALBAÑILES tapan los cadáveres con sacos. Los demás, en silencio, van encaramándose a los andamios. Se hace de nuevo la cadena de los ladrillos. El NIÑO llora silenciosamente sobre el cuerpo de su abuelo.)

MENDIGO MANCO.— *(Comenta.)* Ya te lo decía yo.

MENDIGO SENTADO.— ¿El qué?

MENDIGO MANCO.— Que Guillermo Tell es un valiente.

MENDIGO SENTADO.— ¿Lo matarán?

MENDIGO MANCO.— *(Se encoge de hombros.)* Cualquiera sabe.

MENDIGO SENTADO.— Si lo matan, sería una buena ocasión para que todo el pueblo se levantara.

MENDIGO MANCO.— Puede que no lo maten. En fin, veremos. *(Un silencio. Se estremece y trata de arroparse mejor.)* Hace frío. Claro, estamos en noviembre y ya se deja sentir el frío. Es natural.

MENDIGO SENTADO.— Si a Tell lo matan...

(Queda pensativo.)

MENDIGO MANCO.— Otros años ha hecho más frío por esta época. ¡Uf!, mucho más.

MENDIGO SENTADO.— Si lo mataran, no sé... Habría...

MENDIGO MANCO.— *(Con una mirada soñadora.)* Me acuerdo del invierno de 1290..., hace ahora diecisiete años... Aquél sí que fue un invierno duro... Mucha gente murió de frío.

MENDIGO SENTADO.— Pueden matarlo. Puede que lo hayan matado ya por el camino y que lo abandonen en una cuneta, como han hecho con otros.

MENDIGO MANCO.— *(En tono de plácida conversación.)* No ha habido un invierno como el de 1290. No se recuerda una cosa igual.

MENDIGO SENTADO.— Habría que hacer algo por que no lo mataran. ¡Si yo no estuviera inútil!

MENDIGO MANCO.— También fue bueno el de 1300, a principios de siglo... No sé si te acordarás...

MENDIGO SENTADO.— ¡Puede que algo importante haya empezado en el país!
¡Puede que la revolución!

MENDIGO MANCO.— *(En lo suyo.)* Pero como el de 1290 ninguno..., ninguno...

(El oscuro se ha ido haciendo lentamente.)

CUADRO SEGUNDO

En el interior de una taberna, en Altdorf.

(El MENDIGO SENTADO toma un vaso de vino frente a una mesa en primer término. Sus piernas cuelgan, inertes. El TABERNERO limpia el mostrador. Un silencio. El TABERNERO levanta la vista de su trabajo.)

TABERNERO.— Hacía mucho tiempo que no venías por aquí, ¿eh?

MENDIGO SENTADO.— Mucho.

TABERNERO.— ¿Esperas a alguien?

MENDIGO SENTADO.— Sí.

TABERNERO.— Estás muy misterioso.

MENDIGO SENTADO.— Bueno...

(Un silencio.)

TABERNERO.— ¿Dónde vives ahora?

MENDIGO SENTADO.— En el arrabal. Al Norte.

TABERNERO.— Allí sopla bien el viento, ¿eh?

MENDIGO SENTADO.— Uno se acostumbra.

TABERNERO.— ¿Tienes casa? *(El MENDIGO SENTADO se ríe.)* ¿De qué te ríes?

MENDIGO SENTADO.— Es una pregunta idiota.

TABERNERO.— Hombre...

MENDIGO SENTADO.— Sí, es una pregunta idiota.

TABERNERO.— En algún sitio vivirás.

MENDIGO SENTADO.— Claro.

TABERNERO.— ¿Qué te ocurre? Parece que estás de mal humor.

MENDIGO SENTADO.— *(Como explicándose.)* Me preguntas que si tengo casa...

TABERNERO.— No quería molestarte.

MENDIGO SENTADO.— No tengo casa. Nunca la tendré.

TABERNERO.— Eres pesimista.

MENDIGO SENTADO.— No la tienen ni los hombres útiles, ni los que tienen manos y piernas para trabajar, ¡y la voy a tener yo! *(Sombrio.)* Vivo en el barrio de la basura, junto a los vertederos. Allí me revuelco como un cerdo. Ya lo sabes.

TABERNERO.— Perdona.

MENDIGO SENTADO.— ¿Sabes dónde está mi barrio?

TABERNERO.— Ahora no me doy cuenta.

MENDIGO SENTADO.— Según sales de Altdorf por la carretera, detrás de la muralla.

TABERNERO.— No sé.

MENDIGO SENTADO.— Tú no sabes nada. Sólo despachar vasos de vino y comer bocadillos y beber aguardiente. Eso es lo que tú sabes.

TABERNERO.— Bastantes problemas tiene uno. Así que detrás de la muralla hay...

MENDIGO SENTADO.— Sí, estamos nosotros. ¿Te acuerdas de que hace dos años vino el Emperador a los cantones?

TABERNERO.— Sí. Fue un buen año aquél.

MENDIGO SENTADO.— Pues entonces construyeron la muralla. Para que al entrar en Altdorf no nos viera. Hacíamos feo.

TABERNERO.— No sabía...

MENDIGO SENTADO.— A un amigo mío le dio por pensar.

TABERNERO.— ¿Y qué pensó?

MENDIGO SENTADO.— Decía que con los ladrillos que habían empleado en la muralla podían habernos construido casas para unos cuantos. Se dedicó a hacer cálculos y cuentas, y llegó a eso... No sé...

(Un silencio.)

TABERNERO.— ¿Quieres otro vaso de vino?

MENDIGO SENTADO.— Gracias. Sí.

(El TABERNERO le sirve un vaso de vino. El MENDIGO SENTADO lo bebe de un trago. Llega una MUJER VIEJA. Se sienta a la mesa del MENDIGO SENTADO.)

VIEJA.— Hola.

MENDIGO SENTADO.— Hola. ¿Qué hay? ¿Se sabe algo?

VIEJA.— Estoy cansada. He fregado suelos durante nueve horas. ¡Nueve horas limpiando los escupitajos de los jefes y recogiendo sus colillas es demasiado! Di que me pongan un vaso.

MENDIGO SENTADO.— *(Llama.)* Oye. Otro vaso aquí.

(El TABERNERO lo pone. La VIEJA lo bebe y ahora responde a la pregunta con la que la recibió el MENDIGO SENTADO.)

VIEJA.— Sí.

MENDIGO SENTADO.— ¿Que se sabe algo?

VIEJA.— Sí, lo han soltado esta tarde.

MENDIGO SENTADO.— ¿Lo has visto?

VIEJA.— Sí.

MENDIGO SENTADO.— ¿Qué aspecto tenía?

VIEJA.— Estaba muy pálido.

MENDIGO SENTADO.— Le habrán pegado. Siempre pegan a los detenidos esos canallas.

VIEJA.— Pero no tenía ninguna señal en la cara.

MENDIGO SENTADO.— Pegan en el cuerpo.

VIEJA.— Ya lo sé.

MENDIGO SENTADO.— El pobre Tell. Lo habrán roto a golpes.

VIEJA.— Desde luego estaba muy pálido. Que me pongan otro vaso de vino. Tengo sed. Nueve horas...

MENDIGO SENTADO.— Otro vaso aquí. *(El TABERNERO lo pone. La VIEJA bebe.)* Así que lo han soltado.

VIEJA.— A media tarde.

TABERNERO.— *(Que ha oído.)* ¿Que han soltado a Guillermo Tell?

MENDIGO SENTADO.— Sí.

VIEJA.— Sí, después de siete días...

MENDIGO SENTADO.— Tienen miedo.

VIEJA.— ¿Tú crees?

MENDIGO SENTADO.— Sí, tienen miedo.

(*Entra WALTER FÜRST. Es un anciano.*)

FÜRST.— (*Al TABERNERO.*) Buenas tardes.

TABERNERO.— Buenas tardes, señor Fürst.

FÜRST.— ¿Ha venido mi yerno?

TABERNERO.— No, señor. ¿Es que va a venir?

FÜRST.— Estoy citado aquí con él.

TABERNERO.— Así que es cierto que ha salido de la cárcel.

FÜRST.— Esta tarde, sí.

TABERNERO.— Es un honor para mi casa que venga a ella Guillermo Tell. No vendrá perseguido...

FÜRST.— No se ha escapado de la cárcel. Lo han puesto en libertad.

TABERNERO.— Ya, ya. Es que como no me gusta que en mi casa haya jaleos, usted sabe...

FÜRST.— (*Le mira fijamente.*) No se preocupe.

TABERNERO.— Es un honor, ya sabe. Pero jaleos, no. En mi casa...

MENDIGO SENTADO.— ¡Qué miserable eres!

TABERNERO.— ¿Qué dices tú?

MENDIGO SENTADO.— ¡Que eres un miserable tú!

TABERNERO.— ¡No quiero jaleos, eso es todo! Tengo mujer e hijos. Usted sabe, señor Fürst...

MENDIGO SENTADO.— Hace unos días oí a un ciego, al que luego mataron, una frase hermosa: «Que se mueran tu mujer y tus hijos». Parece que en estos tiempos tener mujer e hijos puede ser la disculpa de los crímenes. ¡Cobarde!, eso es lo que tú eres.

FÜRST.— Cálmense, señores.

MENDIGO SENTADO.— Tome un poco de vino en mi mesa, señor Fürst.

FÜRST.— Con mucho gusto.

(*Se sienta. El TABERNERO sigue limpiando su mostrador.*)

MENDIGO SENTADO.— ¿O prefiere cerveza? Los pobres no tenemos dinero, pero lo poco que conseguimos nos lo gastamos alegremente.

FÜRST.— Ahora mismo, no. Luego beberé. Gracias.

MENDIGO SENTADO.— He leído su último artículo, señor Fürst. El que ha aparecido en la *Hoja de la Resistencia*... Me ha gustado.

FÜRST.— ¿Usted sabe que es mío?

MENDIGO SENTADO.— Sí.

FÜRST.— Me alegro de que le haya gustado.

MENDIGO SENTADO.— Describe usted muy bien el castillo del señor gobernador. «Sombrío»... ¿cómo dice?, «sombrío y rodeado de fosos y prisiones subterráneas, en lo alto de los riscos, se alza el castillo del Otro» Del «Otro» dice, ¿verdad? Eso es lo que no he entendido bien. ¿Qué quiere decir el «Otro»?

FÜRST.— Quiero decir que Gessler no tiene nada que ver con este pueblo, que es tan distinto a los hombres del país como lo es una serpiente, un escarabajo o un escorpión.

MENDIGO SENTADO.— (*Muy atento.*) Como una víbora. Ya lo entiendo.

FÜRST.— Está allí, en lo alto. Es inaccesible. Le hablamos y no nos oye. No puede oírnos porque es el «Otro», y no tiene oídos como nosotros, ni sangre roja y caliente, ni corazón.

MENDIGO SENTADO.— Tiene la sangre fría como las serpientes. O verde como una planta fea. Ya lo entiendo.

FÜRST.— No se puede llegar a él. Vive en otro mundo. Nos ignora. Somos para él como hormigas. Igual que nosotros matamos con el pie una hormiga, él puede matar a un hombre de este pueblo.

MENDIGO SENTADO.— (*Se ha quedado pensativo.*) ¿Sabe lo que pienso, señor Fürst?

FÜRST.— ¿Qué?

MENDIGO SENTADO.— Que es como si no fuera un hombre.

FÜRST.— Claro.

MENDIGO SENTADO.— Como si fuera... una especie de araña.

FÜRST.— Sí.

MENDIGO SENTADO.— Y que se le puede matar como a una araña. Sin que luego tenga uno remordimientos.

FÜRST.— Así es. Como él nos mata a nosotros.

MENDIGO SENTADO.— Es bueno saberlo.

FÜRST.— ¿Por qué?

MENDIGO SENTADO.— Por si acaso llegara la ocasión. Creo que, ahora que sé esto, yo no vacilaría. Que le rompería la cabeza y me iría a charlar con mis amigos en un bar. Que no me temblaría el pulso. Puede que me diera un poco de asco solamente. ¿Y usted? ¿También lo mataría?

(Un silencio.)

FÜRST.— *(Por fin.)* No. Lo mío... es pensar por vosotros, compañeros. Lo vuestro..., actuar por mí. Yo pienso para que lo que vosotros hagáis no sea un crimen. Vosotros actuaréis para que lo que yo pienso no sea una filosofía, ¿entiendes?

MENDIGO SENTADO.— *(Mira a FÜRST con fijeza y dice gravemente.)* Entiendo que a nosotros nos corresponderá mancharnos las manos con la sangre, señor Fürst.

(Se miran como si de pronto se hubiera abierto un abismo entre ellos y trataran en vano de alcanzarse.)

FÜRST.— No me llames «señor». Llámame compañero.

MENDIGO SENTADO.— *(En su acento no hay convicción cuando murmura mirándole a los ojos.)* Compañero...

(Se abre la puerta. Se oye el ruido de un gran viento que se ha levantado afuera. En el marco de la puerta está GUILLERMO TELL. Vemos su figura. Oímos el viento. Hay como un escalofrío en los presentes. Un relámpago. TELL cierra la puerta y avanza. FÜRST se ha levantado.)

TELL.— Es la tempestad. Va a estallar.

FÜRST.— Buenas noches, Tell.

TELL.— Buenas noches. Buenas noches a todos.

MENDIGO SENTADO y VIEJA.— Buenas noches.

TABERNERO.— Muy..., muy buenas noches, señor Tell. Hace frío, ¿eh? Hace frío allá afuera. Hasta aquí se siente. Voy a echar un poco más de leña a la lumbre y así estarán mejor.

FÜRST.— Siéntate.

TELL.— Gracias, señor Fürst. (*Se sienta.*)

FÜRST.— ¿Un vaso de aguardiente? Tú nunca bebes, ya lo sé. Es muy importante que tu pulso no tiemble, Tell. La vista se enturbia con el alcohol; tiemblan las manos... Un cazador no se puede permitir nuestros pequeños vicios. Pero esta noche hay que celebrar...

TELL.— Sí, un vaso de aguardiente. Gracias.

FÜRST.— (*Al TABERNERO.*) Aguardiente para todos. (*El TABERNERO lo sirve. Beben en silencio.*) ¿Cómo ha sido, Tell? ¿Ha sido muy duro?

TELL.— (*Se pasa una mano por los ojos.*) Usted no sabe lo que es.

FÜRST.— ¿Qué te pasa? ¿No te sientes bien?

(Un silencio. TELL levanta la mirada hacia FÜRST. Tiene los ojos húmedos.)

TELL.— Estoy aquí con usted... Tomo un vaso de aguardiente y me parece extraño todo... Aquello es un infierno. Creía que había perdido este mundo para siempre. No podía ni imaginármelo. Alguien que dice: «Buenas noches»... Uno que se quita el sombrero y sonríe... Se habla del tiempo... Se toma un vaso de vino... No podía ni imaginármelo.

FÜRST.— ¿Tan terrible ha sido?

TELL.— Al principio pensaba en Hedwig y en mi hijo, pero luego ya ni eso. No podía pensar.

FÜRST.— ¿Te han pegado?

TELL.— (*Con un hilo de voz.*) Sí.

FÜRST.— Mi hija pensaba que estarían pegándose y sufría horriblemente. La pobre ha sufrido mucho estos días. La pobre Hedwig... No sabía qué hacer para consolarla...

TELL.— (*Con una voz ronca.*) Cuando la he visto me he asustado un poco. Me parecía que estaba más vieja. Sí, ha sufrido mucho. Siempre sufre por mí. Podía usted haber casado a su hija con un hombre que no la hiciera sufrir.

FÜRST.— Calla, calla. Qué cosas dices.

TELL.— No me ha reprochado nada. Nunca me reprocha nada.

FÜRST.— No tiene nada que reprocharte.

TELL.— ¿Quién me manda meterme? Pero es que me puse triste de ver lo que ocurría...

FÜRST.— Otras veces te ha ocurrido, Tell...

TELL.— Sí, a veces me ocurre.

(Bebe un trago. Un silencio.)

FÜRST.— Dices que te han pegado.

TELL.— Sí, pero no era eso lo peor. Dolía y ya estaba. Lo peor era ver sus caras. Oír sus risotadas. Sentir la peste del alcohol que salía de sus bocas podridas. El olor de sus pies. Eso era lo peor.

FÜRST.— ¿Te han pegado mucho?

TELL.— Tengo la espalda rota. Me han dado patadas en el vientre. Me han tenido en un baño de agua helada. Se han divertido bien conmigo. Los hijos de perra lo han pasado bien.

FÜRST.— Pobre Tell.

TELL.— *(Tranquilo.)* Es curioso. Digo «los hijos de perra», pero no estoy enfadado. Estoy tranquilo.

FÜRST.— Yo no estoy tranquilo.

TELL.— Me encuentro frío, sin furia. No sé qué me pasa.

FÜRST.— A veces duele más el dolor de los otros. Si alguien te hubiera contado esta noche: «Me han dado patadas en el vientre», tú te hubieras puesto furioso. Hoy no te toca a ti, Tell. Hoy nos toca a los demás... la furia.

TELL.— Es posible.

FÜRST.— Haré un artículo para la *Hoja*. Convocaré a todos los jefes de la Resistencia en los cantones. Hay que hacer una campaña de propaganda y agitación.

TELL.— Usted es como un profesor, señor Fürst. Usted escribe muy bien. Los demás jefes son también unos hombres inteligentes... ¿Cómo se dice? «Intelectuales» o algo así. Si se reúnen harán una tertulia literaria, no una revolución.

FÜRST.— Tienes una mala idea de nosotros. Ya verás...

TELL.— *(Se encoge de hombros.)* Yo no me meteré en nada, señor Fürst. Estoy harto. Quiero volver a casa, a mi trabajo. Quiero estar en paz.

FÜRST.— No. No puedes tomar esa actitud. Contamos contigo. Tú eres uno de los más castigados. Eres casi como un mito para el pueblo. ¿Por qué te crees que no te han matado ahora? Porque tienen miedo de matarte. Porque saben que se rebelarían los cantones. Tell, no nos dejes solos.

(Suena un trueno lejano.)

TELL.— Es la tormenta. ¿Oyen? Esta noche habrá terror en las montañas. Se estará bien durmiendo entre las mantas, con ese calorcito... Me gustaría dormir... No pensar en nada. *(Respira hondamente.)* Estoy bien.

FÜRST.— ¡Tell, Tell, no nos abandones!

TELL.— Me voy a casa. Buenas noches.

(Se ha levantado.)

FÜRST.— Convocaré una reunión. ¿Vendrás?

TELL.— No.

(Se hace el oscuro.)

CUADRO TERCERO

Un amplio sótano en la casa de WALTER FÜRST. Débilmente iluminado. Sombrío. Es el lugar señalado para la conjuración.

(FÜRST y CINCO HOMBRES DE URI están en torno a una gran mesa. Un silencio.)

UNO.— Tardan.

DOS.— Sí.

UNO.— ¿Los habrán sorprendido?

TRES.— No creo.

CUATRO.— Ahora han puesto mucha vigilancia por la noche.

CINCO.— Se dedican a cazar novios. Nadie espera una cosa como ésta.

UNO.— No sé.

TRES.— *(Sonríe.)* Son los guardias de la cuarta brigada. Si no ven hombres con chicas, están tranquilos.

DOS.— La primera y la segunda brigada siempre tienen dos compañías de retén. Por si acaso.

CINCO.— Se dedican a beber y a jugar en el cuartelillo. Tienen las armas oxidadas.

TRES.— Cuando les mandan asesinar a alguien, lo asesinan. Pero están desmoralizados. Les falta organización.

UNO.— Los ficheros funcionan.

TRES.— Mientras van a consultarlos han podido ocurrir muchas cosas.

DOS.— Hay que tener cuidado con la Policía. No hay que confiarse.

CINCO.— Están mal pagados. Hay que saber aprovecharse de eso.

UNO.— Están tardando mucho.

CINCO.— ¿Es ya la hora?

UNO.— Sí.

DOS.— Me extraña que no hayan llegado los de Schwyz. Stauffacher es muy puntual.

TRES.— Melchtal dijo que quizá los de Unterwalden se retrasaran un poco.

CUATRO.— Silencio.

DOS.— ¿Qué ocurre?

CUATRO.— ¿No oís?

(Escuchan.)

UNO.— Son los pasos de la patrulla. El ruido de las botas en el asfalto.

CUATRO.— *(Escucha.)* Se alejan.

DOS.— No he oído nada.

CUATRO.— Sí, era la patrulla. *(Un silencio.)* Señor Fürst.

FÜRST.— *(Que parecía dormir.)* Qué.

CUATRO.— Está muy pensativo.

FÜRST.— Sí.

CINCO.— Ya no podemos retroceder.

FÜRST.— Claro que no. *(Se oyen unos golpes determinados en la puerta.*

FÜRST se levanta.) Los de Schwyz. *(Va a abrir la puerta. Abre. Entran STAUFFACHER y DOS HOMBRES DE SCHWYZ.)* Bienvenidos.

(Se abrazan FÜRST y STAUFFACHER.)

STAUFFACHER.— Buenas noches a todos.

(Rumor de saludos.)

FÜRST.— Siéntense. *(Se sientan todos.)* ¿Les ha sido fácil llegar?

STAUFFACHER.— Ahora pasaba una patrulla. Nos hemos escondido para dejarla pasar. Era preferible no dar explicaciones.

FÜRST.— Bien hecho. ¿Cómo está la situación en Schwyz?

STAUFFACHER.— (*Sombrío.*) Nos quitan las casas y las tierras. Nos incendian los campos en cuanto alguien se resiste a un capricho del gobernador. No podemos hacer nada. Solos estamos perdidos.

FÜRST.— No estaréis solos. Ninguno de vosotros estará solo.

STAUFFACHER.— ¿Viene Melchtal?

FÜRST.— Sí. Lo esperamos.

STAUFFACHER.— Me han dicho que en Unterwalden han sufrido una gran expedición de castigo.

FÜRST.— ¿Por qué?

STAUFFACHER.— No se sabe.

FÜRST.— Melchtal nos contará. (*Un silencio.*) ¿Cómo han sido designados los representantes de Schwyz en el comité revolucionario?

UNO DE SCHWYZ.— Por elección.

DOS DE SCHWYZ.— Ha habido una votación secreta en el cantón. Hemos sido designados nosotros.

UNO DE URI.— Aquí se ha hecho de igual modo. Una votación secreta.

STAUFFACHER.— ¿Ha votado todo el censo?

DOS DE URI.— El noventa por ciento.

STAUFFACHER.— Entonces hay pocos colaboracionistas en Uri. Sólo un diez... Es magnífico.

FÜRST.— Ese diez no fue consultado. Nos hubieran denunciado a la Jefatura de Policía del gobernador. ¿Y en Schwyz?

UNO DE SCHWYZ.— Allí estamos peor. Un setenta por ciento está con nosotros.

FÜRST.— Nos basta. (*Suenan los golpes determinados en la puerta. FÜRST va allí. Antes de abrir.*) ¿Melchtal?

MELCHTAL.— (*Desde afuera.*) ¡Sí, abran!

(FÜRST abre.)

FÜRST.— Bienvenidos. (*Pasan MELCHTAL y TRES HOMBRES DE UNTERWALDEN precipitadamente.*) ¿Qué ocurre?

MELCHTAL.— Me parece que nos han seguido. Hemos tratado de desorientarlos, pero no sé...

(Escucha.)

FÜRST.— No se oye nada.

MELCHTAL.— Hemos entrado por el bosquecillo.

UNO DE UNTERWALDEN.— Parecía que los vigilantes se estaban dando la señal.

DOS DE UNTERWALDEN.— Se ha oído un silbido y hemos visto moverse sombras.

TRES DE UNTERWALDEN.— Nos hemos parado y ha cesado todo.

DOS DE UNTERWALDEN.— Sí, pero al volver a movernos, de nuevo el silbido, de nuevo las sombras.

FÜRST.— Nadie viene.

MELCHTAL.— Podemos empezar cuando quieran, señores.

STAUFFACHER.— Cuando ustedes quieran.

MELCHTAL.— (*Mira a los HOMBRES DE URI.*) ¿No ha venido Guillermo Tell?

FÜRST.— (*Carraspea.*) Es..., es probable que hoy no pueda venir.

MELCHTAL.— ¿Por qué?

FÜRST.— Está muy vigilado. Sería comprometido que viniera.

UNO DE URI.— Si viniera, la Policía no tendría más que seguir sus pasos y todo terminaría esta noche.

MELCHTAL.— Supongo que se cuenta con él.

FÜRST.— Claro.

MELCHTAL.— En Unterwalden se dice que lo torturaron en la cárcel.

FÜRST.— Trataron de que diera los nombres de los jefes de la Resistencia. Le aplicaron el tercer grado. No consiguieron nada.

MELCHTAL.— Es un valiente.

(Han ido sentándose.)

FÜRST.— ¿Qué ha sido lo de Unterwalden?

MELCHTAL.— Una expedición de castigo, organizada aquí, en Uri, personalmente por el gobernador.

FÜRST.— Castigo, ¿por qué?

MELCHTAL.— Por la huelga en la fábrica de armas y pertrechos de guerra.

FÜRST.— No sabíamos...

MELCHTAL.— Queríamos que se solidarizaran los albañiles que construyen la cárcel de aquí, pero no nos dio tiempo.

FÜRST.— En Altdorf no sabíamos...

MELCHTAL.— Mandamos un mensajero, pero lo mataron. Apareció su cadáver, desnudo y mutilado, entre unas piedras.

STAUFFACHER.— *(Con un temblor de ira.)* Propongo que comiencen inmediatamente las deliberaciones del comité revolucionario.

FÜRST.— De acuerdo. *(Están todos sentados, inmóviles. Un silencio.)* Procedamos con orden. Hay que nombrar un jefe del comité.

MELCHTAL.— Propongo que sea usted mismo. Y sigamos. Hay que actuar. El tirano engorda mientras nosotros nos dedicamos a hablar. Sea usted, señor Fürst.

FÜRST.— Sería un honor para mí, pero me parece que lo razonable es proceder a una votación.

PRIMERO DE URI.— Sí, es lo mejor.

MELCHTAL.— Puesto que la máxima representación en el comité es la de Uri, reitero mi proposición de que se nombre jefe al señor Walter Fürst.

TERCERO DE URI.— Es posible que algún representante de Uri votara por el señor Melchtal. Creo que debemos proceder a una votación.

FÜRST.— Usted, por ejemplo, quizás votara al señor Melchtal, ¿verdad?

TERCERO DE URI.— Sí, señor.

FÜRST.— *(A los demás.)* ¿Señores?

MELCHTAL.— Está bien. Hagamos una votación. Pero pronto.

FÜRST.— Cada uno anote el nombre de su candidato en un papel. *(Lo hacen. Alguien llama. FÜRST va a abrir. Abre. Entra GUILLERMO TELL. Tiene un aire ausente y preocupado.)* ¡Tell!

TELL.— Buenas noches.

(Saludos.)

FÜRST.— Así que has venido.

TELL.— *(Se encoge de hombros.)* Sí.

FÜRST.— ¿Has tenido cuidado?

TELL.— ¿Cuidado? ¿Por qué?

FÜRST.— Pueden haberte seguido.

TELL.— No... A mí ya me dieron lo mío. Ahora me dejan en paz.

FÜRST.— Tell, estamos muy contentos de que estés aquí, pero has debido tener cuidado.

TELL.— Salí a dar un paseo. No pensaba venir.

FÜRST.— ¿Que no pensabas...?

TELL.— No, no pensaba. *(Un silencio.)* Así que están ustedes aquí. Tienen las caras muy serias. ¿Qué ocurre?

FÜRST.— Tell, ¿cómo puedes bromear? Tú sabes...

TELL.— ¿Han llegado a algún acuerdo?

FÜRST.— Acabamos de empezar.

TELL.— Entonces he llegado a tiempo.

MELCHTAL.— Sí, Tell. Bienvenido.

TELL.— Bienvenidos ustedes a Uri, señores. *(A FÜRST.)* ¡Así que acaban ustedes de empezar!

FÜRST.— Sí, se ha planteado el problema de la elección de un jefe de comité.

TELL.— Ah, sí.

FÜRST.— Y estamos haciendo una votación.

TELL.— Una votación... Bueno...

FÜRST.— ¿No te parece bien? ¿Qué ocurre?

TELL.— Nada... Así se empieza...

FÜRST.— Estarás de acuerdo en que es preciso proceder con orden.

TELL.— Claro.

FÜRST.— ¿Quieres votar tú?

TELL.— No. Yo no. He venido a escuchar. *(Se sienta.)* Sigán, por favor. No quiero interrumpirles.

FÜRST.— Lo que quieras...

(Con un encogimiento de hombros hace una señal a los otros de que TELL es un hombre un poco extraño.)

MELCHTAL.— Le pegaron mucho, ¿verdad, Tell?

TELL.— Bastante... Pero ya pasó.

MELCHTAL.— Tell, me alegro de que nos hayamos encontrado.

TELL.— Yo también... ¿Sabe que la historia de su padre anda en los romances de ciego? Yo la he oído.

MELCHTAL.— Sí... Se canta la historia, pero nadie sabe que soy yo. Escucho al ciego, veo a la gente llorar a mi lado y se van empujándome con indiferencia.

TELL.— Hace poco mataron a uno aquí, en Altdorf, por cantarla.

MELCHTAL.— Me lo han dicho. Me gustaría ir a rezar a su tumba.

TELL.— No se sabe dónde está. *(Observa a MELCHTAL.)* ¿Cómo no mató aquel día al gobernador?

MELCHTAL.— Estaba loco de pena y de furia, pero no me atreví. Veía los ojos ensangrentados de mi padre y no sabía más que llorar y retorcerme las manos. Luego el dolor fue haciéndose tranquilo. Pero la ira aquí está, conmigo, como el primer día, a pesar de todo el tiempo que ha pasado. ¡Diez años ya!

TELL.— (*Repite.*) Diez años...

MELCHTAL.— Me quedaré en paz el día en que mueran todos los que torturaron a mi padre. Sólo ese día.

TELL.— Yo no hubiera sabido esperar tanto tiempo. (*Se vuelve a todos.*) ¿Pero no siguen? Por favor...

FÜRST.— Sí, Tell. No debemos perder tiempo. (*Se dispone a seguir.*) ¿Han votado todos? (*Cuenta las papeletas.*) Sí... Es curioso... Somos trece... Dicen que es de mal agüero...

TELL.— Son catorce conmigo, señor Fürst.

FÜRST.— Es verdad. (*Recuenta.*) Vean ustedes. Seis votos, cuatro, tres. Gracias, señores, por la confianza que depositan en mí.

TELL.— Enhorabuena, señor Fürst.

FÜRST.— Gracias. (*A todos.*) Les propongo un orden del día.

MELCHTAL.— Diga usted, señor Fürst.

FÜRST.— Hay varios puntos importantes que debemos tratar. Nombramiento de un secretario del comité. Establecimiento de subcomités y nombramiento de sus jefes y secretarios respectivos. Estudio especial de la misión del subcomité de agitación y propaganda y del que ha de proceder a la redacción de un programa político-social. Se trata de hacer un estudio de la estructura política del nuevo Estado que habrá que crear, de redactar un Código Penal de urgencia, basado en las normas inmutables del Derecho Natural, para juzgar a todos los traidores que ahora están al servicio del poder extranjero... Se darán cuenta del problema penal que se nos plantea. Ocuparse de la organización nacional de la ganadería o de la agricultura no es un delito. Ocuparse de esa organización al servicio del Gobierno Gessler sí es un delito. ¿Por qué? Ése es el problema.

STAUFFACHER.— Ciertamente.

MELCHTAL.— Perdón. Yo no veo ese problema. Me parece un claro delito de traición.

FÜRST.— ¿Traición a qué?

MELCHTAL.— A la patria, a la justicia.

FÜRST.— La patria. Es posible... Pero habría que establecer qué es lo que consideramos una patria. En cuanto a la justicia, hay que decir que algunos de los funcionarios que están colaborando con el Imperio, tratan de hacerlo lo mejor posible, con arreglo a normas de equidad, y hacen lo que pueden por establecer, dentro de un estado de cosas evidentemente anormal, el Derecho y la justicia. Sin ellos, todo sería aún peor.

MELCHTAL.— Están colaborando con el Imperio. Ése es su delito.

FÜRST.— (*Repite.*) Sin ellos, todavía sería aún peor.

MELCHTAL.— Sin ellos, el dominio del Imperio en los cantones habría terminado ya.

STAUFFACHER.— (*Mueve la cabeza.*) No sé.

MELCHTAL.— Si todos los funcionarios fueran extranjeros, el país ya habría saltado. Si Gessler fuera extranjero, ya habría muerto. Pero es que ellos se presentan como los verdaderos patriotas. Nosotros somos los «terroristas». Así engañan a mucha gente. Dicen que ellos conocen verdaderamente qué es lo que conviene al país en este momento. A nosotros nos llaman bandidos, terroristas, boicoteadores, gánsteres: saboteadores de un plan nacional.

PRIMERO DE URI.— Es cierto. Que mueran todos.

FÜRST.— Calma. Calma, señores. Nosotros tenemos que demostrar que no somos asesinos. Antes de entrar en acción hay que pensar.

MELCHTAL.— ¡Si nos dedicamos a pensar, nunca entraremos en acción!

FÜRST.— Pido calma, señores... Pido serenidad... (*TELL se levanta y parece que va a irse.*) Tell, ¿te vas?

TELL.— Sí.

FÜRST.— No puedes irte ahora. Lo que estamos tratando te interesa.

TELL.— Ya me contarán el resultado. Yo..., yo no sirvo para estar aquí.

FÜRST.— (*Con cierta dureza.*) Creíamos que contábamos contigo.

TELL.— Cuentan conmigo..., pero en otro terreno. Donde yo tenga algo que hacer.

FÜRST.— Aquí. Quédate.

(*Un silencio.*)

TELL.— Es..., es que tengo a mi hijo enfermo, señor Fürst. Por eso me voy.

FÜRST.— ¿Walty está enfermo?

TELL.— Sí.

FÜRST.— Tell, quédate. No será nada lo de Walty. A mí también me preocupa, ahora que me lo dices, que mi nieto esté enfermo. Pero tenemos que quedarnos.

TELL.— Tiene algo de fiebre... Se queja, está sufriendo... Por eso me he ido de casa... A dar un paseo. Para no escucharlo... He paseado un poco para refrescarme la cabeza... He tomado un vaso en la taberna... Ahora estoy mejor...

FÜRST.— Pero ¿qué es?

TELL.— No sé... Seguramente no será nada... pero me vuelvo a casa... a ver cómo sigue.

FÜRST.— No sabía nada. Perdona. ¿Cuándo ha caído enfermo?

TELL.— Anoche. Pero no me voy sólo por eso... No... Es que además..., además os escucho y me encuentro frío. Os escucho y me parece como si no hubiera injusticia y miseria en el país. Como si todo fuera mentira. Como si estuvierais contando cuentos. Como si fuerais a montar un negocio. Como si esto fuera una cátedra de la Universidad. No. Yo no tengo nada que hacer entre ustedes. A través de las palabras que dicen no veo a los niños pedir pan. Cuando alguien haga sufrir a un niño, yo lo mataré. Pero mientras tanto me estoy en casa. Perdonen que les haya interrumpido. Buenas noches.

(Sale. Un silencio.)

FÜRST.— *(Explica.)* Es un hombre bueno. Tiene sentido de la justicia. Pero es un anarquista y resulta difícil tratar con él... Bien. No importa que se haya ido. No puede soportar la disciplina, el método, la burocracia. Pero contamos con él. A la hora de la verdad saltará, aparecerá entre nosotros. Y matará si es preciso. Incendiará casas. Hará todo lo que haya que hacer. Parecerá un suicida. Estará en la vanguardia, en la primera línea, en la fuerza de choque. Le tocará lo más peligroso y lo hará con alegría. Y si es preciso, hará algo grande. A nosotros, ahora, nos toca pensar por él.

(Un silencio. Están todos inmóviles. MELCHTAL habla en voz grave.)

MELCHTAL.— Hoy tiene que salir de aquí la decisión de matar al gobernador.

En cuanto él muera, todo se derrumbará. Propongo una señal. El día en que caiga, encenderemos grandes hogueras en las montañas. Se verán desde los últimos rincones del país. Será la señal de la rebelión. Ese día feliz se desenterrarán las armas de nuestros antepasados. El país de los cantones será libre.

STAUFFACHER.— Comunicaré la señal. La esperaremos día y noche, preparados.

UNO DE SCHWYZ.— En cuanto veamos las hogueras haremos correr la noticia de la muerte del gobernador y asaltaremos los castillos.

FÜRST.— Si muere en Altdorf, incendiaremos el bosque. Todo el país verá la gran hoguera. Parecerá que el país se ha incendiado.

MELCHTAL.— Ésta es la consigna. ¡Muera el gobernador!

TODOS.— ¡Muera!

(Se han levantado. Están inmóviles, decididos, impenetrables. Va cayendo el telón.)

CUADRO CUARTO

La plaza de Altdorf.

(Trabajan los obreros bajo la mirada del CAPATAZ, como en el primer cuadro. El MENDIGO MANCO pide inútilmente limosna. Hay DOS GUARDIAS dedicados a la extraña operación de clavar una pica en el suelo. Llega la MUJER VIEJA del segundo cuadro.)

VIEJA.— Buenos días.

MENDIGO MANCO.— Buenos días.

VIEJA.— ¿Has visto a mi amigo?

MENDIGO MANCO.— No.

VIEJA.— ¿Por dónde estará?

MENDIGO MANCO.— ¿No está en su puesto?

VIEJA.— No.

MENDIGO MANCO.— Pues no sé.

VIEJA.— *(Ve a los GUARDIAS.)* ¿Qué hacen éstos?

MENDIGO MANCO.— *(Se encoge de hombros.)* Se han puesto a clavar ahí una pica...

(Los GUARDIAS han terminado de hacer el agujero en el suelo. Ahora ponen un sombrero negro en la punta de la pica y la clavan en el suelo como un mástil.)

VIEJA.— ¿Qué significa eso?

MENDIGO MANCO.— Cualquiera sabe.

(Se quedan mirando.)

GUARDIA 1.— *(Se limpia las manos.)* Queda bien, ¿no?

GUARDIA 2.— Queda bien.

GUARDIA 1.— ¿Queda fuerte?

GUARDIA 2.— *(Mueve la pica con las manos.)* Sí, no se caerá.

GUARDIA 1.— ¿No se volará el sombrero?

GUARDIA 2.— Pues es verdad.

GUARDIA 1.— ¿Lo atamos con un cordel?

GUARDIA 2.— La orden no lo dice.

GUARDIA 1.— Entonces, no.

GUARDIA 2.— ¿Y ahora qué hay que hacer?

GUARDIA 1.— Quedarnos aquí.

GUARDIA 2.— ¿Lo dice la orden?

GUARDIA 1.— Claro.

GUARDIA 2.— Pues aquí estamos.

GUARDIA 1.— Aquí estamos.

GUARDIA 2.— ¿Debemos estar firmes?

GUARDIA 1.— La orden no dice nada.

GUARDIA 2.— Entonces ¿cómo vamos a estar?

GUARDIA 1.— ¡No sé!

GUARDIA 2.— ¿Voy a preguntárselo al cabo?

GUARDIA 1.— Nos ponemos en descanso. ¿Te parece?

GUARDIA 2.— No me atrevo.

GUARDIA 1.— Sí, hombre. Mírame a mí. *(Se pone.)* ¿Lo ves? No pasa nada.

GUARDIA 2.— Como tú eres el más antiguo, si tú lo ordenas...

GUARDIA 1.— Ponte sin miedo.

GUARDIA 2.— Allá tú.

GUARDIA 1.— Si viene alguien importante, yo doy la voz y nos ponemos firmes.

¿Qué te parece?

GUARDIA 2.— Estupendo. Así supongo que no nos pasará nada y podremos irnos a casa a dormir. *(Quedan los dos en posición de descanso.*

Llegan un PREGONERO y un TAMBOR.) Ahí viene el pregonero. ¿Nos ponemos firmes?

GUARDIA 1.— Espera. Aguanta un poco.

(El PREGONERO y el TAMBOR se han situado en el centro de la plaza.)

PREGONERO.— *(Al TAMBOR.)* Toca.

TAMBOR.— A la orden.

(Toca el TAMBOR.)

PREGONERO.— Ahora calla. *(El TAMBOR no le oye y sigue.)* ¡Que ahora te calles!

TAMBOR.— ¡A la orden!

(Calla. El PREGONERO se dispone a leer.)

PREGONERO.— «A los habitantes de la ciudad de Altdorf. De orden del señor gobernador, todos los ciudadanos de Altdorf, sin distinción de clase, edad, sexo o estado, estarán obligados, a su paso por la plaza de Gessler, a saludar reverentemente el sombrero del señor gobernador allí colocado, hincando una rodilla en tierra, mientras se dice en voz alta que pueda ser oída por la vigilancia allí presente: “Viva el señor Gobernador”, advirtiéndose que el incumplimiento de esta orden será castigado con el máximo rigor, estando capacitada dicha vigilancia para torturar de palabra y obra a los ciudadanos rebeldes, que serán conducidos inmediatamente a presencia del jefe superior del Tribunal para la Represión del Terrorismo. Caso de resistir a la autoridad podrán ser castigados en el acto con la pena capital, conduciéndose el cadáver al Depósito Municipal, de donde pasará a los departamentos de disección y quedará a disposición de los estudiantes matriculados. Firmado en Altdorf, cantón de Uri, a 18 de noviembre de 1307. Gessler. Gobernador.» *(Al TAMBOR.)* Toca. *(El TAMBOR está distraído.)* ¡Que toques! *(El TAMBOR toca.)* Calla. *(El TAMBOR calla.)* Vamos.

(Se van. Un momento después se oye, amortiguado, el redoble del TAMBOR.)

VIEJA.— ¿Has oído?

MENDIGO MANCO.— Sí.

VIEJA.— Éste es un mundo de locos.

MENDIGO MANCO.— *(Plácidamente.)* ¿Por qué?

VIEJA.— ¡Hombre! ¿Te parece normal eso?

MENDIGO MANCO.— Yo he tenido borracheras peores.

VIEJA.— ¿Crees que esto es una borrachera del señor gobernador?

MENDIGO MANCO.— Claro. Ya se le pasará.

VIEJA.— Es para tener miedo.

MENDIGO MANCO.— ¿A qué?

VIEJA.— ¿A qué? A la resaca de esta borrachera. Bueno, ahora me voy a buscar a ése. A ver si lo encuentro.

MENDIGO MANCO.— Tendrás que pasar por el sombrero.

VIEJA.— ¡Ya verás cómo lo saludo! Seré la primera persona que haga esta estupidez. Luego irán desfilando todos los ciudadanos respetables. *(Ríe.)*

MENDIGO MANCO.— Serás como un personaje de la borrachera. Es lo que somos todos. ¡Unos personajes de la gran borrachera del jefe! Anda, anda. A ver cómo lo haces; que yo me reiré desde aquí.

VIEJA.— Ya verás. *(Se acerca al sombrero. Se arrodilla aparatosamente. Grita.)* ¡Viva el gobernador!

*(El MENDIGO MANCO ríe disimuladamente. La VIEJA se des-
pide de él, desde lejos, con un gesto burlón y se va.
Un pequeño silencio.)*

GUARDIA 1.— ¿Sabes lo que me parece?

GUARDIA 2.— Qué.

GUARDIA 1.— Que la vieja esa se ha burlado de nosotros.

GUARDIA 2.— Pero ha cumplido la orden.

GUARDIA 1.— Eso sí.

GUARDIA 2.— Así que no podemos hacerle nada.

GUARDIA 1.— Eso es lo malo. *(Un silencio.)* Oye.

GUARDIA 2.— Di.

GUARDIA 1.— Estoy muy fastidiado. ¿Sabes por qué?

GUARDIA 2.— No.

GUARDIA 1.— Porque mi hija la pequeña está enferma. La pobre...

GUARDIA 2.— ¿Qué tiene?

GUARDIA 1.— Infección al intestino, ha dicho el doctor.

GUARDIA 2.— No será nada. Ya verás.

GUARDIA 1.— He querido cambiar esta guardia, pero nadie me ha hecho el favor. No hay compañerismo.

(Un silencio.)

GUARDIA 2.— Yo también estoy fastidiado.

GUARDIA 1.— ¿Y quién no lo está en todos los cantones?

GUARDIA 2.— El sueldo no me llega. Ése es mi problema.

GUARDIA 1.— A mí tampoco me llega.

GUARDIA 2.— Es que mi mujer está del pecho y lleva mucho gasto. Por las tardes, cuando me quito el uniforme, me voy a trabajar a una carpintería. Y ni aun así...

GUARDIA 1.— La vida está muy mal, compañero. *(Un silencio.)* A ver si viene alguien y no saluda y le metemos mano. Así, por lo menos, nos desahogamos un poco.

GUARDIA 2.— ¡Tengo unas ganas!

GUARDIA 1.— Me parece que viene alguien.

GUARDIA 2.— Como no salude, se la carga. *(Llega WALTER FÜRST. Viene solo. Pasa delante del sombrero. Es atentamente observado. FÜRST se fija curiosamente en el sombrero. Se encoge de hombros. Va a seguir. Una voz lo detiene.)* ¡Eh, tú!

FÜRST.— *(Se vuelve sorprendido.)* ¿Qué hay?

GUARDIA 1.— ¿No sabes tu obligación?

FÜRST.— ¿Qué obligación?

GUARDIA 1.— *(Al segundo.)* ¡Anda éste! *(A FÜRST.)* ¿Te quieres reír de nosotros o qué?

FÜRST.— ¿Reír? No, de ningún modo.

GUARDIA 1.— ¡Sí, reír! ¿Te quieres reír de nosotros o qué?

FÜRST.— Yo no me quiero reír de ustedes.

GUARDIA 2.— ¡Y encima esto! ¡Encima con ironías!

FÜRST.— Señores, yo no entiendo...

GUARDIA 1.— *(Al segundo.)* Por lo visto es un viejo idiota.

FÜRST.— Me está injuriando. No tolero...

GUARDIA 2.— Basta. Espero que no resistas a la autoridad.

FÜRST.— Estoy diciendo...

GUARDIA 2.— *(Furioso.)* ¿Quieres callarte o no?

FÜRST.— No he faltado a ninguna ley. No tengo nada que temer.

GUARDIA 2.— ¿Sabes de quién es ese sombrero?

FÜRST.— No lo sé.

GUARDIA 2.— Del señor gobernador.

FÜRST.— Es absurdo.

(El GUARDIA 1 lo golpea en la cara.)

GUARDIA 1.— Di otra vez que es absurdo.

FÜRST.— ¡Es absur...!

(Le pegan brutalmente. Lo tiran al suelo. El GUARDIA 2 le da una patada. FÜRST se queja débilmente.)

GUARDIA 1.— Y ahora dices «viva el gobernador» o te matamos aquí mismo.

FÜRST.— *(Mira a su alrededor, como buscando auxilio. No hay nadie que pueda ayudarle. Los ALBAÑILES trabajan en lo alto de los andamios.)*

¡Ciudadanos de Altdorf, a mí! ¡Ciudadanos de Altdorf...! *(Nadie responde.)*

GUARDIA 1.— ¡Viva el gobernador o mueres aquí mismo!

(Está en el suelo. Siente en el pecho las picas de los GUARDIAS. Está aterrorizado. Tiembla. Grita.)

FÜRST.— ¡Viva el gobernador!

GUARDIA 2.— ¡Otra vez!

FÜRST.— *(Grita.)* ¡Viva el gobernador!

GUARDIA 2.— ¡Otra! ¡Otra!

FÜRST.— ¡Viva...!

(No puede terminar. Solloza. Lloro convulsivamente. Se agita en el suelo como un guiñapo triste. Se hace el oscuro.)

CUADRO QUINTO

La casa de TELL. Es media tarde.

(A la luz del sol, ya débil, mortecina, TELL repasa sus armas de caza. HEDWIG, su mujer, hace una labor. Un silencio.)

HEDWIG.— Parece que tarda Walty.

TELL.— No, mujer.

HEDWIG.— Es un poco tarde.

TELL.— No te preocupes.

(Canturrea alegremente.)

HEDWIG.— Ya hace mucho que habrá salido de trabajar.

TELL.— Estará con los amigos en la taberna. Hace bien en distraerse un poco.

HEDWIG.— No está muy fuerte todavía.

TELL.— Déjalo que se vaya animando.

HEDWIG.— Después de una enfermedad así...

TELL.— No ha sido nada, mujer.

HEDWIG.— Acuérdate cómo gritaba.

TELL.— Pero ya pasó.

HEDWIG.— Se ha quedado muy pálido.

TELL.— Es natural.

HEDWIG.— Y muy delgado, el pobre.

TELL.— Ahora tiene que alimentarse bien. Con un poco de cuidado, ya verás...

HEDWIG.— ¿No le habrá ocurrido algo?

TELL.— ¿Qué le va a ocurrir? (*Un silencio.*) Hedwig, ¿sabes que estoy muy contento con el chico?

HEDWIG.— (*Mueve la cabeza.*) A mí lo que me preocupa es que esté delicadillo... Que no sea como los otros... Que no pueda jugar a los juegos brutos de sus compañeros... Eso sí me preocupa, me duele...

TELL.— Hedwig, Dios no ha querido darnos un hijo fuerte. Nos ha dado un hijo bueno, inteligente, trabajador. Hay que dar gracias.

HEDWIG.— (*Con un pequeño gesto triste.*) Me hubiera gustado...

TELL.— Hedwig, Hedwig, eres injusta. ¿Tú no te das cuenta de qué hijo tenemos? ¡Si no se puede soñar nada mejor en el mundo! ¿Tú no te das cuenta?

HEDWIG.— Esta mañana tenía unas ojeras muy profundas. Como si hubiera pasado mala noche. Como si no hubiera dormido.

TELL.— Habrá estado leyendo hasta muy tarde. Le gusta enterarse de muchas cosas. Hedwig, tenemos un hijo que nos agradece la vida que le hemos dado. Hedwig, ¡si tú supieras! Hay hijos que miran a sus padres con odio, porque los han traído a la vida. Hay muchachos que dicen: «¡Yo no quería!», o que gritan: «¿Quién me ha pedido permiso para nacer?», o también: «¡Yo no os dije que me traeráis, padres!». Los padres de esos muchachos están tristes. ¡Y a veces son chicos fuertes, sanos, que no han estado enfermos nunca! ¿Tú no sabes? Hay chicos que se suicidan y nadie sabe por qué. Los padres de esos muchachos tienen motivos para estar tristes. Nosotros no, Hedwig. Nosotros muy contentos, ¿verdad?

HEDWIG.— Sí, Tell. Que Dios me perdone si me he atrevido a quejarme.

TELL.— Lo que pasa es que uno lo quiere todo, Hedwig. Y todo no puede ser en esta vida.

HEDWIG.— Claro, Tell. Perdóname también tú.

TELL.— Hedwig querida, ¡no tengo nada que perdonarte! (*Un silencio.*) ¿Tú no te das cuenta, Hedwig, de lo buena que eres?

HEDWIG.— (*Conmovida. Los ojos de TELL están húmedos.*) Tell...

TELL.— Estoy contento. Cuando estoy contento, me lloran los ojos. No es nada. (*Un silencio.*) Estoy contento de nuestra vida.

HEDWIG.— Yo también, Tell. Hemos sido muy felices.

TELL.— (*Mira a su alrededor.*) ¿Qué ocurre esta tarde?

HEDWIG.— Nada, Tell. Es una tarde como otras.

TELL.— No sé.

HEDWIG.— ¿Notas algo tú?

TELL.— Es una tarde rara. Una tarde de esas en que algo ha ocurrido o algo va a ocurrir.

HEDWIG.— Vendrá Walty. Cenaremos a la lumbre. Eso es todo. Dormiremos tranquilos. ¿Qué otra cosa va a ocurrir?

TELL.— Cenaremos a la lumbre. Dormiremos tranquilos. Me levantaré pronto. Iré por la montaña a cazar. Eso es lo que quiero.

HEDWIG.— Así me gusta verte. Tranquilo...

TELL.— Resignado...

HEDWIG.— Resignado, no, Tell. Tranquilo.

TELL.— Sí, tranquilo...

(Llega WALTY. Es un muchacho de unos dieciocho años.)

WALTY.— Hola, madre. *(La besa.)* Padre...

(Da a su padre un golpe cariñoso en el hombro.)

HEDWIG.— Hola, hijo. Parecía que te retrasabas un poco.

WALTY.— No he podido venir antes. Perdonadme.

(Se sienta a la lumbre. Parece sombrío. HEDWIG lo observa.)

HEDWIG.— ¿Qué ocurre, Walty?

WALTY.— Pues... no...

HEDWIG.— Parecía... Te has quedado como pensativo...

WALTY.— No, madre. Es que... Bueno, ¡para qué negarlo! ¡Sí ocurre!

HEDWIG.— ¿Qué es? ¿Has tenido algún disgusto en la calle? ¿Te has enfadado con algún compañero? ¿Te ha reñido el patrón..., o qué ha sido?

WALTY.— No es de mí, madre.

HEDWIG.— ¿De quién es?

WALTY.— Del abuelo.

HEDWIG.— *(Se levanta, pálida.)* ¿Le ha pasado algo al abuelo?

WALTY.— No, no es que se haya puesto enfermo, madre.

HEDWIG.— ¿Entonces?

WALTY.— Le han pegado los guardias.

HEDWIG.— (*Dolorosamente.*) ¿Es cierto, hijo?

WALTY.— Le han pegado delante de todo el mundo. En la cabeza. Le han obligado a decir: «¡Viva el gobernador!».

HEDWIG.— ¡Dios mío!

WALTY.— Allí, en la plaza, han puesto un sombrero del gobernador en una pica y, al pasar, hay que saludarlo.

TELL.— (*Interviene, sombrío.*) ¿Que hay que saludar a un sombrero?

WALTY.— Sí, padre. Todo el mundo que pasa lo está haciendo. A uno que se ha negado lo han roto a golpes y luego se lo han llevado a la cárcel. Y no ha pasado nada.

TELL.— ¿Y al abuelo?

WALTY.— Cuando ha dicho «¡viva el gobernador!», lo han soltado.

TELL.— ¿Dónde está?

WALTY.— Se ha ido a esconderse. Eso he oído decir. Que está avergonzado.

TELL.— ¡Qué pena!

WALTY.— Padre, te has puesto triste.

TELL.— Sí.

(Un silencio.)

WALTY.— ¡El pobre abuelo! Ha ido a esconderse. Ya no podrá hablar con nadie nunca. Hubiera sido mejor para él morir. (*HEDWIG llora.*) No llores, madre, mamá.

HEDWIG.— Quiero ver al abuelo, Walty.

WALTY.— No está en casa. Nadie sabe dónde está. Como si hubiera huido.

HEDWIG.— Donde esté, estará sufriendo horriblemente.

(Llora. Una pausa.)

TELL.— (*Pensativo.*) Hay que saludar a un sombrero. Parece una cosa de risa, pero es lo más triste del mundo.

WALTY.— Papá...

TELL.— ¿Así que le han pegado? Yo decía que el abuelo es como un profesor. No me extraña que no haya podido resistir una prueba así. Ellos sólo saben hablar. Hablan muy bien. Se dan cuenta de los problemas. Pero nada más.

WALTY.— Al pobre abuelo todo el mundo le perdonará...

TELL.— Pero a él no le servirá de nada. Él es quien no se perdonará nunca. Ahora se habrá dado cuenta.

WALTY.— ¿De qué?

TELL.— De que es mejor morir en un momento determinado. De que vivir no es lo más importante. Él ya lo pensaba, pero sólo ahora se habrá dado cuenta. *(Un silencio.)* ¿Dices que la gente está saludando al sombrero?

WALTY.— Hay gente que evita pasar por allí. Pero yo creo que hay otros que hasta pasan sin tener que hacerlo, sólo por hacer méritos ante el gobernador.

TELL.— Entonces, es un día triste.

HEDWIG.— *(Parece que se ha tranquilizado un poco. Se enjuga las lágrimas.)* ¿Os preparo algo? Yo no tengo hambre, pero vosotros... ¿Queréis cenar?

TELL.— No. Esta noche, no. Hay otras cosas que hacer.

(Un silencio. Se ha quedado rígido.)

HEDWIG.— *(Lo mira con horror.)* Tell, ¿otra vez?

TELL.— Me parece que sí.

(Está inmóvil.)

HEDWIG.— ¿Te ha vuelto?

TELL.— No sé.

HEDWIG.— *(Aterrorizada.)* No me mires así.

TELL.— Si no te miro, Hedwig. No sé adónde estoy mirando.

HEDWIG.— Tienes los ojos muy tristes, Tell.

TELL.— Entonces, puede que ocurra algo, Hedwig.

(Se ha levantado.)

HEDWIG.— ¿Vas a salir?

TELL.— Sí.

HEDWIG.— *(Con terror.)* ¡No te vayas!

TELL.— No puedo elegir. No puedo quedarme.

(Descuelga una ballesta.)

HEDWIG.— *(Grita.)* ¡No!

(Llaman a la puerta. WALTY abre. Es el PRIMER HOMBRE DE URI.)

PRIMERO DE URI.— Buenas noches. *(Nadie contesta.)* Quisiera no haber venido, Hedwig, Tell. Perdonadme.

TELL.— ¿Qué ocurre?

PRIMERO DE URI.— Me ha tocado a mí decíroslo. Yo no quería.

TELL.— ¿Qué?

PRIMERO DE URI.— El señor Walter Fürst...

TELL.— ¿Qué?

PRIMERO DE URI.— Se ha matado. Perdón. Yo no quería venir.

TELL.— ¿Que se ha matado?

PRIMERO DE URI.— Se ha colgado de un árbol en el bosque. Yo no quería...

(HEDWIG da un grito terrible. Solloza.)

TELL.— *(Tranquilo.)* Entonces tengo que marcharme ya.

PRIMERO DE URI.— Perdonadme. Yo no sirvo para dar una noticia así. Yo...

TELL.— Hasta luego. *(Pero en la puerta se detiene. Se vuelve hacia su hijo.)* Walty.

WALT.— ¿Qué?

TELL.— Vente conmigo. Acompáñame.

WALT.— ¿Adónde vamos?

TELL.— Tú, ven.

WALT.— ¿Por qué quieres que vaya contigo, padre?

TELL.— *(Mira a su hijo, extrañado.)* Todavía no lo sé, hijo mío. ¿He dicho que vengas?

WALT.— Sí, padre.

TELL.— Entonces... *(Se encoge de hombros.)* No sé... Por algo será... Vamos...

(TELL y WALT salen. HEDWIG sigue llorando. El HOMBRE DE URI está de pie, quieto, sombrío. Se hace el oscuro.)

CUADRO SEXTO

La plaza de Altdorf. El sombrero en la pica.

(Los GUARDIAS. El MENDIGO MANCO no está.)

GUARDIA 1.— En cuanto anochece, vaya frío.

GUARDIA 2.— Tengo los pies helados.

GUARDIA 1.— Yo tengo las manos hinchadas, a pesar de los guantes. Son los sabañones.

GUARDIA 2.— Condenado oficio.

GUARDIA 1.— Es pesado, a veces.

GUARDIA 2.— A mí me fastidian las guardias. Como no hace uno nada, se pone a pensar. Y a mí, en cuanto me pongo a pensar, me duele la cabeza.

GUARDIA 1.— Eso nos pasa a todos. *(Un silencio.)* Ahora se ha puesto muy aburrido.

GUARDIA 2.— Pero no ha sido una mala tarde.

GUARDIA 1.— ¡Jopé! No lo hemos pasado mal del todo.

GUARDIA 2.— No podemos quejarnos.

GUARDIA 1.— ¡Ojalá todas la guardias fueran así! ¡Yo me apuntaba!

GUARDIA 2.— Y todavía puede que ocurra algo.

GUARDIA 1.— *(Desanimado.)* Ya no creo. Es muy tarde.

GUARDIA 2.— No hay que desesperar.

(Un silencio.)

GUARDIA 1.— Lo del cura ha sido una jugada cochina.

GUARDIA 2.— ¡Maldita sea! No había forma de meterle mano.

GUARDIA 1.— Venía con el viático y, claro, hay que tener respeto.

GUARDIA 2.— Cuando ha tocado la campanilla, me he dicho: ¿qué hace éste?

GUARDIA 1.— Y toda la procesión se ha arrodillado.

GUARDIA 2.— ¡Pero no ante el sombrero, maldita sea!

GUARDIA 1.— ¡Se han arrodillado ante Cristo, maldita sea!

GUARDIA 2.— Lo que más rabia me da es que hayamos tenido que arrodillarnos nosotros.

GUARDIA 1.— Cuando me he dado cuenta de que éramos cristianos y teníamos que arrodillarnos, me he dicho: ¡maldita sea!

GUARDIA 2.— Y cuando nos hemos dado cuenta de que no habían dicho: «viva el gobernador», ya se habían ido.

GUARDIA 1.— Estos curas tienen salida para todo.

GUARDIA 2.— ¡Malditos curas! Si no fuera uno cristiano, era para cargárselos a todos.

GUARDIA 1.— Pero como uno es cristiano...

GUARDIA 2.— Claro.

GUARDIA 1.— Y que no puede uno salirse.

GUARDIA 2.— Como que se pierde el alma, y eso no.

GUARDIA 1.— Se pierde el alma y le echan a uno.

(Aparece TELL con WALTY, en la altura desde la que asistió a la muerte del CIEGO. El GUARDIA 2 lo ve.)

GUARDIA 2.— Oye, tú.

GUARDIA 1.— ¿Qué?

GUARDIA 2.— Mira.

GUARDIA 1.— ¿Quién es?

GUARDIA 2.— ¿No lo conoces?

GUARDIA 1.— No.

GUARDIA 2.— Guillermo Tell.

(El GUARDIA 1 silba prolongadamente.)

GUARDIA 1.— Entonces se va a armar una buena. ¿Qué hacemos?

GUARDIA 2.— Esperar. A ver qué hace.

GUARDIA 1.— *(Con espanto.)* Ahí va. Mira.

GUARDIA 2.— *(Igual.)* Pero ¿qué hace?

(TELL ha armado su ballesta y apunta al sombrero. Dispara. El sombrero cae atravesado.)

GUARDIA 1.— *(Horrorizado.)* ¿Qué es esto?

GUARDIA 2.— ¡Sacrilégio! ¡Sacrilégio!

(En ese momento se oye rumor de gente que se acerca y ladridos de perros.)

GUARDIA 1.— *(Paralizado ante el sombrero caído, con terror.)* ¡Socorro! ¡Socorro!

GUARDIA 2.— *(Se arrodilla ante el sombrero.)* ¡Perdón, perdón, señor gobernador, Alteza, Excelencia, Profesor, Santidad, perdón!

(TELL está tranquilo junto a su hijo, que lo abraza.)

WALTY.— ¡Papá!

TELL.— ¡Tienes que estar tranquilo, hijo mío! ¡No pasa nada!

WALTY.— Papá, ¿no oyes? ¡Debe ser el gobernador, que vuelve de caza!

TELL.— *(Exaltado.)* ¡Es lo que yo quería! ¡El gobernador! ¡A eso he venido!

WALTY.— ¡Papá, papá! ¡Tenemos que...!

TELL.— Todo está preparado para recibirle.

WALTY.— ¡... irnos..., huir de aquí...! ¡Nos van a matar!

TELL.— Alguien va a morir esta noche, hijo mío. Pero todavía no se sabe quién.

(Escucha el rumor que se acerca. El sonido ronco del cuerno resuena en las montañas. Entran hombres con antorchas. Entran hombres de la escolta del GOBERNADOR. Entra el GOBERNADOR. Viene borracho. Entran sus TRES SECRETARIOS. Los GUARDIAS, aterrorizados, se acercan a él arrastrándose como larvas, por el suelo.)

GUARDIA 1.— ¡Excelentísimo, Maravilla, Alteza, Santidad!

GOBERNADOR.— ¿Qué es lo que ocurre?

GUARDIA 2.— ¡Sacrilégio, Señor, Señorísimo, Jefe, Almirante, Caballero Gobernador! ¡El sombrero, el divino sombrero por los suelos..., atravesado!

GOBERNADOR.— ¿Quién ha sido?

GUARDIA 1.— ¡El infame, el piojo, la porquería, Guillermo Tell!

(Rumores.)

GOBERNADOR.— Un momento. *(Silencio. El GOBERNADOR se tambalea.)* Me encuentro un poco mal. Voy a vomitar. Luego trataremos este asunto.

GUARDIA 1.— ¿Vomitara? Aquí mismo. Sobre mí. Es un honor. Vomite sobre mí. No lo olvidaré nunca. Gracias.

GOBERNADOR.— *(Le da una arcada.)* Bueno..., estoy muy mal.

GUARDIA 1.— ¡Sobre mí! ¡Sobre mí!

(Se arrastra por los suelos.)

GOBERNADOR.— *(Jadea.)* Estoy mejor. Ahora, que me expliquen lo ocurrido.

GUARDIA 2.— *(Como alucinado, describe el suceso como un hecho infernal.)* ¡Aparece de pronto rodeado de todos los diablos! ¡Nos sujetan, nos amordazan con sus manos peludas! ¡Tira una flecha roja contra su sombrero! ¡Lo atraviesa! Nosotros hacemos lo que podemos, todo lo que podemos, todo lo que podemos. ¡Pero nada! ¡Es un diablo disparando su maldita ballesta!

GOBERNADOR.— ¿Quién decís que ha sido?

TELL.— Yo, gobernador.

GOBERNADOR.— ¿Tú?

TELL.— Sí.

(Ha llegado más gente. HOMBRES DE URI, DE UNTERWALDEN, DE SCHWYZ: POLICÍAS DE UNIFORME, ALBAÑILES y MENDIGOS.)

GOBERNADOR.— *(Se pone el sombrero atravesado y se ríe.)* Voy a decir un chiste. *(Silencio.)* «¿Y si llevo a llevarlo puesto?» *(Grandes carcajadas.)* ¡Silencio! *(Callan. Gran silencio.)* Vosotros no os habéis reído.

TELL.— No.

GOBERNADOR.— (*A WALTJ.*) ¿Quién eres tú?

TELL.— Es mi hijo.

GOBERNADOR.— He dicho una cosa divertida. Hoy estoy de buen humor.

TELL.— Yo no estoy de buen humor.

SECRETARIO 1.— ¿Cómo dices, imbécil?

TELL.— He dicho: «Yo no estoy de buen humor».

SECRETARIO 1.— ¡No es posible! ¡Cuando el señor gobernador está contento, todo el mundo tiene que estarlo, perro! ¡Estar triste es un acto de sabotaje!

(Interviene el SECRETARIO 2.)

SECRETARIO 2.— (*Recita una ficha.*) «Guillermo Tell: delincuente profesional, terrorista; ha cumplido varias condenas por delitos comunes; contactos con el extranjero; al servicio de las potencias; agente perturbador; agitador al servicio de manejos inconfesables.»

SECRETARIO 1.— (*Toma ardientemente la palabra.*) ¡No hay ningún motivo para estar triste! ¡Ninguno! ¡Miramos con optimismo el porvenir! ¡Todo va bien! ¡Muy bien! ¡Se construyen carreteras! ¡Aumenta el nivel de vida de las clases trabajadoras! ¡Hay libertad de imprenta, salvo para el error y la mentira! ¡Antes del Gobierno del almirante general Gessler, el país estaba entregado al caos, a la corrupción, a la barbarie! ¡Con Gessler, paz, progreso, orden público, alegría! ¡El proletariado es feliz! ¡Hemos destruido los viejos privilegios! ¡Qué alegría! ¡Qué alegría tan grande!

(Se echa a llorar y cae al suelo como un trapo. Solloza desgarradoramente. Dos GUARDIAS se arrojan sobre él y lo retiran a rastras. El GOBERNADOR, comprensivo, comenta.)

GOBERNADOR.— Está un poco fatigado. Ha trabajado mucho.

SECRETARIO 2.— Sí, señor gobernador.

(Se inclina. El GOBERNADOR, sonriente otra vez, se vuelve a TELL.)

GOBERNADOR.— ¿Qué decíamos? Ah, sí. Eso del sombrero... A mí me ha hecho mucha gracia. No te hubiera pasado nada. Pero lo que no me ha hecho gracia... es lo otro.

TELL.— ¿Qué es lo otro?

GOBERNADOR.— Que no te hayas reído.

TELL.— Lo siento.

GOBERNADOR.— (*Da vueltas al sombrero entre las manos.*) Tienes buena puntería, ¿eh?

TELL.— Sí.

GOBERNADOR.— ¿Qué eres?

TELL.— Cazador.

GOBERNADOR.— No se te escapará una sola pieza en la montaña.

TELL.— No, señor.

GOBERNADOR.— A cincuenta pasos matas una gamuza entre las peñas.

TELL.— Sí, señor.

GOBERNADOR.— A ochenta pasos, pocas veces te fallará.

TELL.— Ninguna, señor.

GOBERNADOR.— A cien pasos atravesarás una manzana en un árbol.

TELL.— Así es.

GOBERNADOR.— A ciento veinte pasos...

TELL.— También.

GOBERNADOR.— Aunque la manzana esté sobre la cabeza de tu hijo.

TELL.— ¿Qué dice, señor?

GOBERNADOR.— Estoy fatigado. (*Al SECRETARIO 1.*) Repite tú mi frase.

SECRETARIO 1.— «Aunque la manzana esté sobre la cabeza de tu hijo.»

TELL.— (*Ha palidecido.*) No sé...

GOBERNADOR.— Vamos a probarlo.

TELL.— Esa broma tampoco me hace gracia, señor.

GOBERNADOR.— (*Su rostro se ha endurecido.*) No es una broma, Tell.

TELL.— Usted no puede...

GOBERNADOR.— Vas a hacerlo.

TELL.— No.

GOBERNADOR.— (*Grita a los GUARDIAS.*) ¡Monten las armas! ¡Dispónganse a hacer fuego! (*Los GUARDIAS montan las metralletas y apuntan hacia WALTY.*) O lo haces, o van a matar a tu hijo. Tú verás.

TELL.—Yo sé defenderlo.

GOBERNADOR.— Puedes matarme a mí. Puedes matar a alguno más. El guardia que quede cumplirá la orden. Tu hijo morirá.

TELL.— Esto es infame.

GOBERNADOR.— Si lo haces, si atraviesas una manzana sobre la cabeza de tu hijo, él y tú quedaréis en libertad provisional, como todo el mundo. Gessler sabe olvidar. Gessler admira a los valientes. El gran Gessler es generoso.

TELL.— No puedo...

GOBERNADOR.— Tú me has dicho que matas una gamuza, ¡una cosa que se mueve!, a esa distancia. Lo que te propongo es fácil para ti. Tan fácil que casi estoy arrepentido. Si me arrepiento, ya no habrá esperanza para vosotros. Aquí mismo caeréis los dos. Así que no sé si arrepentirme. Estoy dudando. ¿Me arrepiento o no me arrepiento? Bueno, no me arrepiento. Sigue en pie vuestra esperanza. Mantengo mi proposición. Gessler es generoso.

(A la luz de las antorchas, la escena resulta extraña, fantasmal. WALTY se acerca a su padre.)

WALTY.— Padre, hazlo.

TELL.— ¿Qué dices, hijo?

WALTY.— Que lo hagas. Yo no voy a temblar.

TELL.— Yo sí.

WALTY.— Hazlo, papá.

TELL.— No puedo.

WALTY.— Si no, nos matan a los dos. Hazlo.

TELL.— Estoy nervioso. No voy a acertar.

WALTY.— Verás cómo sí.

TELL.— No contaba con esto. He venido dispuesto a todo; pero no contaba con esto.

WALTY.— Padre, no tengas miedo.

TELL.— Estaba dispuesto a todo. A matar. A morir. A esto, no.

WALTY.— Padre, me has dicho que viniera contigo.

TELL.— Sí.

WALTY.— Era para esto.

(Un silencio. TELL mira a su alrededor. Parece que se tranquiliza.)

TELL.— Gobernador, puede que mate a mi hijo. Quiero hablar con él antes de hacerlo.

GOBERNADOR.— (*Divertido.*) Aceptado. Señores, siéntense por ahí. Vamos a asistir a una conmovedora escena. Cojan sitio. Pónganse cómodos. Teatro gratis para todos. «La tragedia de Guillermo Tell». Pasen, pasen, señores. (*La gente se acomoda en semicírculo alrededor de TELL y WALTY. Una pausa. Expectación.*) Vamos a empezar. (*TELL y su hijo no se mueven.*) ¡Adelante! ¡Arriba el telón! ¡Enciendan las candilejas! ¡Acción!

(*Un silencio. TELL se aproxima a su hijo.*)

TELL.— Ya lo ves, Walty. Es como un teatro. Hay muchos ojos indiferentes puestos en nosotros.

WALTY.— Sí, padre.

TELL.— (*Señala hacia el público.*) Nos mira mucha gente.

WALTY.— Sí.

TELL.— Están haciendo la digestión de una buena cena. No les importa lo que nos ocurra.

WALTY.— Así es, padre.

TELL.— O han bebido unos vasos de vino en las tabernas y están un poco alegres. Nos miran a través de un ligero velo de alcohol.

WALTY.— Sí, padre.

TELL.— ¿Te das cuenta? Somos tan sólo un espectáculo, hijo mío. Un espectáculo en el que a ellos les toca aplaudir o silbar.

WALTY.— Casi no pueden vernos, padre.

TELL.— Y a nosotros nos toca ser heridos... o muertos.

WALTY.— No estés triste, padre. Yo no estoy triste.

TELL.— Yo tampoco. Sólo me duele que nadie acuda a socorrernos.

WALTY.— ¿Estamos solos, padre?

TELL.— No hay nadie que pueda ayudarnos en el mundo.

WALTY.— ¿Nadie? (*Un silencio.*) Así que hay que estar tranquilos. No hay esperanza. Aunque gritáramos hasta rompernos la garganta, no vendría nadie. Así que ¿para qué gritar? Da mucha tranquilidad no tener esperanza.

TELL.— Perdóname.

WALTY.— ¿Por qué?

TELL.— Por haberte traído.

WALTY.— Yo he querido venir.

TELL.— Por haberte traído al mundo, hijo mío.

WALTY.— Estoy contento de haber venido al mundo, padre. Es hermoso el país en que vivimos. Aunque mi vida hubiera sido sólo abrir los ojos, ver estas montañas y morir, estaría contento. Todo lo demás lo acepto como un regalo. *(TELL se pasa una mano por los ojos.)* ¿Estás llorando, papá? Si lloras por mí, no tienes que llorar. Yo estoy contento de estos ojos que nos miran. ¡Qué estupendo poder hacer algo grande! No a todos los hombres les ha sido concedido estar aquí, rodeados de gente que mira con horror o piadosamente; de gente que espera algo grande.

TELL.— Sólo a ti y a mí, hijo mío, nos ha sido concedida esta cosa horrible.

WALTY.— Padre.

TELL.— ¿Qué, hijo?

WALTY.— *(Con poca voz.)* Tú crees que no, pero puede que estén sufriendo por nosotros. Me refiero a los que nos rodean. Puede que sí sufran.

TELL.— No sé.

WALTY.— Tú no confías en nadie, padre.

TELL.— Se aflojan el cinturón. Se acarician sus caras recién afeitadas. Nos miran entornando los ojos como a bichos raros. *(Se acaricia la cara.)* Lo siento.

WALTY.— ¿Qué, padre?

TELL.— Tengo barba de dos días. Un día como éstos uno debería estar hermoso y tranquilo.

WALTY.— Pero, padre...

TELL.— No tengo raya en el pantalón. Podía haberle dicho a mamá que me lo planchara. Tengo los zapatos sucios. Soy un personaje desagradable. Todo lo contrario del héroe que esta gente quisiera ver.

WALTY.— Papá, no hay nadie como tú en el mundo. Nadie puede compararse a ti.

(Un silencio.)

TELL.— Entonces, ¿debo intentarlo?

WALTY.— Sí.

TELL.— *(Grita.)* ¡Puedo matarte!

WALTY.— Vamos a ver.

TELL.— *(Casi solloza.)* ¡Walty, no me atrevo a tirar sobre ti!

WALTY.— Si aciertas, volveremos a casa cogidos de la mano. Mamá no sabrá nunca nada. Volveremos riéndonos como si hubiéramos bebido un poco.

Mamá nos reprenderá y le diremos que no volveremos a hacerlo nunca.

Nos echaremos a dormir y mañana será un día como otro cualquiera.

Todo esto nos parecerá una pesadilla tonta. Adelante. Estoy dispuesto.

TELL.— ¡Walty, si te mato...!

WALTY.— Entonces sea lo que Dios quiera.

(Se separa de TELL. El GOBERNADOR aplaude.)

GOBERNADOR.— ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Una bonita escena!

(WALTY está quieto, lejos de su padre. Alguien coloca sobre su cabeza una manzana. TELL carga su ballesta. Hay un silencio absoluto. TELL apunta. Baja la ballesta.)

TELL.— *(Casi desfallecido.)* ¡No puedo!

GOBERNADOR.— ¡O disparas, o toda mi escolta tirará sobre vosotros! ¡O disparas, o...!

TELL.— Voy a disparar, gobernador.

(Vuelve a apuntar. Dispara. Todas las miradas se vuelven hacia WALTY, que vacila. Cae al suelo pesadamente. Gritos.)

UNO.— ¡Qué horror!

(Rumores.)

OTRO MÁS.— ¡Está muerto!

(Rumores. Algún grito de ira.)

TELL.— *(Trata de abrirse paso hacia su hijo. Grita.)* ¿Qué ha ocurrido?
¿Qué ha ocurrido?

(El SEGUNDO HOMBRE DE URI lo detiene.)

SEGUNDO HOMBRE DE URI.— Cálmate, compañero.

TELL.— ¿Qué ha ocurrido?

SEGUNDO HOMBRE DE URI.— Has fallado. Tu hijo ha muerto.

(TELL da un terrible alarido. Es como un aullido de fiera.)

TELL.— *(Grita desesperadamente.)* ¡Muera el gobernador! *(Dispara su ballesta sobre el GOBERNADOR, que cae atravesado.)* ¡Muera el gobernador!

UNO.— ¡Mueran los tiranos!

TODOS.— ¡Mueran!

OTRO.— ¡La señal! ¡La señal! ¡El gobernador ha muerto!

OTRO MÁS.— ¡Incendia el bosque! ¡Ha muerto el gobernador!

TELL.— *(Grita en la confusión.)* ¡Despedazad ese cuerpo! ¡Rompedlo en mil pedazos! ¡Que yo pueda coger su cabeza por los pelos y estrellarla contra la pared! ¡Mueran los tiranos!

TODOS.— ¡Mueran!

(Alguien levanta en una pica la cabeza del GOBERNADOR. La escena se vuelve rojiza.)

UNO.— ¡Es la señal! ¡La señal! ¡El bosque está ardiendo!

OTRO.— ¡Miles de hogueras se encienden a lo lejos, en las montañas! ¡Todo el país ha visto la señal!

OTRO MÁS.— ¡En estos momentos todo el pueblo se levanta! ¡Asaltan los castillos!

TELL.— *(Casi ronco, grita frenético.)* ¡Mueran los tiranos!

TODOS.— ¡Mueran!

(Sobre la terrible lucha se va haciendo el oscuro.)

CUADRO SÉPTIMO

La casa de TELL.

(En escena. TELL, HEDWIG, PRIMER HOMBRE DE URI, STAUFFACHER, MELCHTAL. TELL parece envejecido. HEDWIG viste de negro.)

PRIMER HOMBRE DE URI.— Es todo el pueblo, Tell.

TELL.— Ya.

PRIMER HOMBRE DE URI.— Todo el pueblo... el que quiere rendirte este homenaje. Es el homenaje de toda la nación.

TELL.— *(Pensativo.)* Todo el pueblo, ¿verdad?

STAUFFACHER.— Así es. Mañana, a las doce, será la gran concentración. Acudirán de todos los cantones. Verás el lago lleno de barcas y de gente aclamándote. No se recordará una cosa igual. Lo de mañana quedará en la memoria para siempre. El país es libre y sabe todo lo que te debe y todo lo que tú has sufrido. Quieren verte, abrazarte. Quieren estar contigo, ver tu cara, fijarse en ella para recordarla siempre y contárselo el día de mañana a sus hijos. Dirán «era...», «tenía unos ojos como...», «parecía que sus brazos...», «iba vestido con...», «sonreía de tal modo que...».

(Un silencio. TELL está muy pensativo.)

TELL.— ¿Dónde estaban?

STAUFFACHER.— ¿Quién?

TELL.— (*Mueve la cabeza.*) Cuando yo estaba solo con Walty, nadie apareció.

MELCHTAL.— Tell, tú sabes el miedo que tenía todo el mundo.

TELL.— Yo también tenía miedo.

MELCHTAL.— Tú no, Tell. Lo dices porque eres un hombre humilde y no te gusta que te admiren. Pero tú no tenías miedo.

TELL.— (*Trémulo.*) Tenía tanto miedo que me parecía que estaba en otro mundo. Me temblaban las piernas y sentía una espantosa opresión en el vientre... Mis dientes chocaban, y sentía de arriba abajo un escalofrío. ¡Tenía un miedo horrible; que lo sepan todos! ¡Pero es que había que hacer algo por encima de todo el miedo!

PRIMER HOMBRE DE URI.— Lo hiciste, Tell. Por eso te reclama el pueblo.

TELL.— Yo no sé dónde estaban.

PRIMER HOMBRE DE URI.— ¿Aquella noche?

TELL.— Sí, aquella noche, cuando yo miré a mi alrededor y no había más que espectadores de una escena de teatro.

PRIMER HOMBRE DE URI.— Estaban a tu lado, mudos. Faltaba todavía algo para que la revuelta estallara. No podían moverse aún, pero cuando llegó el momento, ya lo viste. Faltaba el último chispazo para que la gente se echara a la calle.

TELL.— Faltaba que mi hijo muriera.

PRIMER HOMBRE DE URI.— Sí, Tell.

TELL.— ¡No era preciso que mi hijo muriera! (*Los otros bajan la cabeza. No se atreven a decir nada.*) Walty y yo nos encontramos solos. ¿Dónde estaban esos que ahora quieren verme? ¿Qué hacían? ¿Dormían en sus habitaciones? Unos habían dado un beso a sus hijos y se habían echado a dormir. Otros..., ¿qué me importa...? Al despertarse, se encontraron viviendo en un país libre. A mí me parece muy bien. Me alegro por ellos, que han conseguido la libertad a tan poca costa. (*Como en una extraña y dulce queja.*) Pero a mí que me dejen en paz. Es lo único que pido. Que me perdonen si no estoy con ellos. ¿Qué más puedo decir?

STAUFFACHER.— Tell, nosotros tenemos la obligación de declinar en ti el mérito de esta gran victoria. Nosotros podremos administrar ahora el país. Es lo nuestro. Pero nada más. Tú eres el libertador; aunque no quieras, aunque te espante la idea y la rechaces. Sabemos hasta qué punto eres una persona humilde y sencilla, pero ya no tienes más remedio que car-

gar con la admiración del pueblo, Tell. Lo que te queda no es fácil. Es difícil libertar a un pueblo; pero es más difícil aún haberlo libertado.

TELL.— Yo os pido que digáis a todos que yo niego ser el libertador del país. Yo me vi movido a hacer algo. Si al mismo tiempo se liberó el país, eso no es cuenta mía. Yo no entro en ello. Eso es cosa vuestra.

MELCHTAL.— Tú has hecho posible que haya algo que sea cosa nuestra. (*Un pequeño silencio.*) En la última reunión del nuevo Gobierno acordamos que aquí, donde ahora está tu casa, se construya cuando tu mueras un santuario, para que quede memoria eterna de Guillermo Tell.

TELL.— Cuando yo muera, no me importará ya nada.

STAUFFACHER.— A ti no te importará, pero tu nombre hará que el pueblo ame su libertad, y que desde ahora no tolere que nadie lo torture y lo destruya.

TELL.— (*Sencillamente.*) Me alegro de que nuestro sacrificio haya servido para algo. Pero no puedo pasar de ahí. No puedo estar contento. (*Se queda pensativo.*) Ahora pienso... Hubiera sido bonito... (*Entorna los ojos.*) Qué historia...

PRIMER HOMBRE DE URI.— ¿Qué dices, Tell?

TELL.— Estoy pensando... Hubiera sido bonito... Otra cosa... Yo ahora me reíría con ustedes. Brindaríamos con un vaso de cerveza. Mañana me hubiera puesto mi traje nuevo... Los fognazos... El *flash* de los fotógrafos... Yo sonreiría como he visto en los noticiarios..., como he visto que hacen los hombres importantes. (*Ensayo sonrisas.*) Sí, hubiera sido otra historia.

STAUFFACHER.— ¿Qué historia, Tell?

TELL.— ¡Si yo hubiera acertado! ¿Se dan cuenta? ¡Si yo hubiera acertado!

MELCHTAL.— Ahora serías un hombre cuyo pulso no tiembla, un campeón de tiro, otra cosa. No esto terrible y maravilloso que eres, Tell.

TELL.— (*Soñador.*) Me gusta imaginarme... Atravieso la manzana limpiamente... Walty la coge, la muestra al público, saluda, dice «hop» como en el circo y hace una reverencia. Un bonito número digno de un gran circo ambulante. Pero al gobernador no le divierte. Él espera la sangre. «¿Y qué hubieras hecho si matas a tu hijo?», me pregunta. «Matarle a usted», le digo. Se enfada. Me cogen preso. ¿Me dejan que me lo imagine? Es la historia que me hubiera gustado vivir. Lo que a mí me hubiera gustado que fuera la historia de Guillermo Tell. (*Con la mirada un poco extraviada. Perdida lejos.*) Me llevan a un barco. Van a trasladarme al

castillo de Kussnach, la antigua prisión. Vamos a cruzar el lago de los Cuatro Cantones. Tempestad. El barco peligra. Dicen que sólo yo podría salvarlo. Sé de barcos, sé de tempestades. Voy encadenado. «¡Que los suelten!» Me sueltan. Me hago con el barco. Lo llevo a la orilla. ¡Y de allí, de pronto, salto a tierra! «¡El salto de Tell!» Quedará para siempre. Empujo el barco con el pie, lo despiro de la orilla. Son acciones de héroe, de hombre fuerte y sin nervios. Me escapo. ¿Qué será del gobernador? Puede que el barco se hunda. Pero no. El gobernador se salva. Lo espero en un paraje. Salgo a su encuentro y lo mato. El pueblo, cuando lo ve muerto, se rebela. Se hace la revolución. Vuelvo a casa. Soy un héroe y estoy con mi hijo. *(Un silencio.)* Así hubiera podido ser. ¿Por qué no ha sido así? Perdónenme. A veces me gusta entornar los ojos y soñar. Por algo nunca me ha llamado nadie por mi apellido. Todo el mundo me ha llamado siempre «Tell», soñador. Ése ha sido mi apodo siempre. Pero es que además me voy haciendo viejo.

(Hay, en los otros, un intercambio de miradas.)

PRIMER HOMBRE DE URI.— Adiós, Tell.

STAUFFACHER.— Un abrazo, Tell.

(Lo abrazan.)

MELCHTAL.— Adiós.

TELL.— Adiós.

(Salen el HOMBRE DE URI, STAUFFACHER y MELCHTAL. Un silencio. Se asoma a la ventana. Es una tarde gris.)

HEDWIG.— ¿Sigue lloviendo?

TELL.— Sí.

HEDWIG.— Siéntate, Tell. Siéntate aquí, a la lumbre. *(TELL va junto a HEDWIG. Se sienta junto a la lumbre. La remueve.)* Aquí se está muy bien, ¿verdad?

TELL.— Sí. *(Un silencio.)* Hedwig, ¿sabes lo que ocurre? No podré cazar ya nunca. Esta mañana he roto la ballesta.

HEDWIG.— *(Lo mira preocupada.)* Pero Tell...

TELL.— Esta mañana he apuntado a una pieza y allí, a cien pasos de mí, estaba Walty. No he podido disparar. Y he roto la ballesta.

HEDWIG.— Amor mío...

TELL.— Estoy acabado...

HEDWIG.— No digas eso, no puedes decir...

TELL.— ¿Cómo no me odias, Hedwig? ¿Cómo puedes mirarme a la cara sin asustarte?

HEDWIG.— Tell, no digas eso. No me hagas sufrir.

TELL.— Yo mismo lo maté. Es horrible.

(Se tapa los ojos.)

HEDWIG.— Tell, estás cansado.

TELL.— Sí.

HEDWIG.— Tienes los ojos tristes.

TELL.— Ya para siempre.

HEDWIG.— ¿Has oído a esos hombres? Dicen que el país se ha salvado y que has sido tú.

TELL.— El país se ha salvado, pero yo no puedo ya vivir en él.

HEDWIG.— Aún hay algo que intentar. Podemos rehacernos. ¡Quién sabe! Volver a encontrar alguna razón para vivir.

TELL.— *(Con un gesto apagado.)* Tú bien sabes que no.

HEDWIG.— *(Ha ido junto a él.)* Cavilas demasiado. Eso te hace mal. Ahora lo que necesitas es dormir.

TELL.— No sé.

HEDWIG.— Vamos a ver. Procura...

(La acaricia.)

TELL.— *(Con los ojos semicerrados.)* ¿Tú me perdonarías? Eres lo único que me queda. Si tú me perdonaras... Todavía...

HEDWIG.— No tengo nada que perdonarte.

TELL.— Todavía... es posible... que...

HEDWIG.— Hazme caso... Abandónate... Duerme...

TELL.— Es posible que... si tú me perdonaras... (*Se oye fuerte el ruido de la lluvia.*) Llueve mucho. Se está bien aquí, Hedwig... A la lumbre. Contigo.

HEDWIG.— ¿Así que dormirás?

TELL.— Cuéntame algo, Hedwig. Alguna historia..., algún cuento que tú oyeras de niña... A ver si así puedo... Cuenta...

HEDWIG.— Una vez era...

TELL.— Sigue...

HEDWIG.— Había en una ciudad un hombre muy barbudo... Tenía las barbas azules, ¿te lo figuras? Las barbas...

TELL.— (*Medio dormido.*) Sí...

HEDWIG.— Un hombre que...

(*Ha ido cayendo el telón.*)